



GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS Y MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-

Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.

BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 14

21 de Diciembre de 2.007

S U M A R I O

LOS ÉLUS COHEN Y LA TRADICIÓN OCULTISTA

La Magia de los Élus Cohen

René Le Forestier

[Continuación de los Boletines nº 10, 11 y 12]

Las Operaciones, con sus trazados, lustraciones, incensamientos, prosternaciones, invocaciones y conjuraciones, se basaban de manera manifiesta en la magia ceremonial, por lo que no es necesario insistir sobre la naturaleza de las prácticas a las que se libraban los discípulos de Pasqually; pero es interesante investigar los orígenes y precisar su carácter.

Heredera de sectas místicas de la antigüedad y de la época neoalejandrina, la Orden de Los Élus Cohen había encontrado en su sucesión los elementos mágicos que ellos mismos recibieron de un lejano pasado y que realmente pusieron de nuevo en acción[1]. Se inspiró en obras que enseñaban, al mismo tiempo que las doctrinas místicas de la Cábala Teórica, los procedimientos mágicos de la Cábala Práctica; sin embargo, para componer su ritual, recurrió también a otros maestros ocultistas de la Edad media y del Renacimiento.

Lo que se ha venido a denominar Cábala Práctica fue anterior a la Cábala Teórica; era un residuo de cultos primitivos, fundados en la magia fluídica y pneumatológica natural o antidemoníaca. A pesar de los anatemas que lanzaba la Biblia contra los Magos, ella misma contenía leyendas que atestiguaban los lazos antiguos que unían al pueblo judío con Caldea, tierra clásica de la magia: se encontraba viva en Mesopotamia, "país de la antigua sabiduría secreta", donde Adam fue arrojado del Paraíso Terrestre y también sus primeros descendientes. Fue de Ur, en Caldea, de donde Abraham partió hacia el Oeste; era de Caldea de donde Isaac y Jacob hicieron venir a sus mujeres.

Las maldiciones de los profetas se dirigían sobre todo a las prácticas mágicas a las cuales se libraban los judíos. En Babilonia, los israelitas estuvieron durante setenta años en contacto con los cultos mágicos preexistentes en las regiones babilónicas y persa. El Talmud y los Midraschim practicaban la astrología, la mancia de los sueños, creyendo en la virtud de fórmulas y amuletos para resguardarse de los malvados, de los ataques de los animales feroces, las enfermedades o los accidentes. La Cábala atribuye a Abraham conocimientos en astrología y el arte de fabricar amuletos para propósitos mágicos. Toda secta cabalística que se hubiera formado en la segunda mitad del siglo XVIº poseía realmente un verdadero ritual mágico, que imponía a sus oficiantes una vestimenta especial, compuesta de cuatro vestidos blancos, superpuestos, y prescribían ceremonias particulares para la celebración del Sabbat, incluyendo en el texto oraciones dirigidas a los Sephitoth y a los Ángeles. El fundador de la secta, el rabino Loria o Luria, taumaturgo además de teólogo, pasaba por haber exorcizado públicamente a un epiléptico que atormentaba el alma de un judío ahogado sin haber realizado la plegaria del Schem.

La creencia de los conocimientos judíos en magia, y especialmente en los poderes sobrenaturales de los cabalistas, se encontraba muy extendida entre los ocultistas cristianos. En el siglo XVIIº, J.B.

[1] Sobre los caracteres fundamentales de la magia, sus orígenes y sus vías secretas que ha seguido a través de los siglos hasta llegar a Occidente, ver del mismo autor: *L'Occultisme et la Franc-Maçonnerie Écossaise*, 1ª parte, chap. I, II, III, IV.

Van Helmont escribía en su "Hortus Medicinae" (Leyde, 1.667): "Una fuerza mágica, adormecida por el pecado, se encuentra latente en el hombre. Ella pueda ser revelada por la gracia de Dios, o por el arte de la Cábala". Los ritos teúrgicos que se reclaman de la Cábala Práctica parecen haber subsistido hasta el siglo XVIIIº en el seno de sectas judías emparentadas con los Frankistas, repartidas por Europa Central.

Es muy posible que Pasqually haya tenido conocimiento de esas ceremonias, pero es dudoso que haya tomado ningún préstamo de ellas, ya que la magia practicada por dichas sectas era groseramente utilitaria: descubrimiento de tesoros, ganancias aseguradas en los negocios, previsión de circunstancias favorables en una entrevista, conservación de la salud, tales eran los objetivos que se proponían de ordinario; cuando no se utilizaba para satisfacer una vana curiosidad mediante la visión a distancia o la facultad de percibir a los Espíritus. Las preocupaciones de los Élus Cohen miraban más alto que esos vulgares objetivos. En cuanto a la Cábala Práctica que nos es conocida por las obras clásicas como el Zohar, formaba más bien una especie de enciclopedia de medios propuestos para combatir los sortilegios y de procedimientos tales como la sugestión y la hipnosis, tendentes a obtener estados secundarios, pero no se indicaba nada respecto al ritual mágico propiamente dicho. Es por lo que Pasqually, en materia de magia, no ha tomado nada de la Cábala salvo el principio sobre el que reposa el trazado de los jeroglíficos en la Cámara de Operación.

El procedimiento teúrgico preconizado por la Cábala Práctica estaba fundamentado sobre el poder maravilloso de los nombres divinos. El origen de este concepto se pierde en la noche de los tiempos; es derivado de uno de los postulados fundamentales de todo tipo de magia, es decir, la identidad esencial del signo y de la cosa significada. El nombre de un dios era para los caldeos una hipóstasis del mismo dios; la gnosis o conocimiento de los nombres divinos, en su sentido vulgar y en el sentido esotérico, era el gran misterio religioso y el objeto de iniciación de los antiguos egipcios[2]. Para los gnósticos, el psíquico no podía ser salvado si no conocía el nombre secreto de los Arcontes que, pronunciado con exactitud, forzaba a las potencias malvadas a permitir al alma franquear las barreras que la separaban del Pleroma.

Para los judíos, el poder mágico atribuido al nombre de Dios se había vuelto tabú. La prohibición de pronunciar el verdadero nombre del Señor fue observada con tal exactitud que su pronunciación cayó en un completo olvido. El mismo texto masorético, donde los signos especiales, puntos o trazos dibujados entre o sobre sus consonantes, indicaban las vocales en todas las palabras, no lo vocalizaban nunca, marcando sólo las consonantes: Iod, Hé, Vau, Hé; es decir, lo anotaban simplemente bajo la forma llamada Tetragrama. Según el Talmud de Babilonia, el secreto de su pronunciación estaba perdido hasta para los mismos sacerdotes, después del siglo IIIº antes de Jesucristo[3], y es verdad que ese nombre misterioso, cuya pronunciación se transmitía por tradición oral, sólo era conocido por los iniciados, a los que hace alusión el Talmud cuando comenta que los secretos de la Torah no deben de ser revelados más que a un hombre perfectamente instruido en la "práctica mágica" y las "fórmulas mágicas", empleando la expresión "transmisión del nombre" como sinónimo de ciencia esotérica[4].

La Cábala era refinada en lo referente a este principio, asociando a las especulaciones sobre las letras del alfabeto hebreo la fe en la potencia infinita de las Shem-haMeforash, o nombre secreto de la divini-

[2] F. Lenormand: *Magie chez les Chaldéens*, p. 93.
[3] Kreglinger: op. cit. p. 156-157. Parece, por tanto, según el mismo Talmud, que el Gran Sacerdote pasaba por saber pronunciar las sílabas secretas.
[4] Vulliaud: op. cit. II, p. 133.

dad, que la Haggadah talmúdica menciona en cuanto a su acción irresistible sobre los Espíritus, tanto celestes como elementarios. Considerando que cada una de las letras que componen este nombre sagrado es una parte de la energía divina, las agrupa por 4, 12, 42 ó 72, para formar cuatro fórmulas mágicas de las que cada una tenía un poder determinado. Los nombres de los ángeles eran, después de él, casi tan potentes como el del Señor, puesto que cada uno de ellos representa a una de las emanaciones de la divinidad, conteniendo casi siempre la sílaba "el" que significa el Muy Alto[5].

El uso de este concepto se encuentra muy marcado en la Reintegración. El Shem-haMeforash está implícitamente mencionado en el pasaje en que Pasqually habla del "nombre todo-poderoso de la divinidad, el mismo que los judíos proferían antiguamente y que conocieron perfectamente de su propia lengua, así como también lo conocían Adam y su posteridad que también lo pronunciaban"[6]. "Los Hebreos conocían también esta palabra en otro tiempo y aún la conocen hoy en día, porque siempre entre ellos hay uno (un verdadero judío) que posee una parte del conocimiento de esa primitiva lengua"[7]. Así, la Reintegración, que pretende representar la pura tradición "judaica", ejecuta numerosas variaciones sobre ese tema donde el nombre es la expresión de la potencia del ser que lo porta y la palabra es el instrumento de la facultad de creación y de mando. "Cuando las formas (ceremonias) operan alguna virtud (tienen alguna eficacia) no es por ellas mismas, sino por la propia potencia del ser espiritual que habita en ellas, es decir, por su nombre animal espiritual divino"[8] (nombre por el que un Espíritu emanado de Dios es conocido en la tierra). "Todos los Espíritus Menores y todas las almas espirituales tienen verdaderamente un nombre que los distingue en sus potencias y virtudes por la relación con su obra temporal"[9]. "Hay diez nombres espirituales que operan el culto de la divinidad por su propio Denario"[10].

"Enoch, gran tipo del ceremonial y del culto divino, da a cada uno de sus diez discípulos una letra inicial de los nombres de Dios. Lleva a cabo estas asambleas de operaciones divinas con sus diez Élus de diez en diez meses y en cada asamblea les revela una nueva inicial del santo nombre de Dios, de manera que después de siete reuniones, cada uno de ellos poseerá dos nombres poderosos con los que mandaría sobre toda cosa creada desde la superficie terrestre hasta la celeste. Las dos palabras consistirán en siete letras en las que cuatro de ellas formarán el nombre temible, poderoso e invisible del Eterno (Tetragramma) que gobierna y somete a todo ser creado en el cuerpo celeste[11] y las otras tres forman un nombre santo que somete a todo ser creado sobre el cuerpo terrestre". Por lo que estos diez Élus "fueron repuestos en sus

[5] Las conjuraciones por las Shem-haMeforash eran también usadas en los siglos XVII y XVIII. Un manual de Cábala Práctica titulado "Cábala de los Salmos", circulaba en forma de manuscrito en los círculos ocultistas. A mediados del siglo XVII, el médico hermetista Lázaro Meysonier, de Lyon, autor de la "Filosofía de los Ángeles", hacía uso y pretendía haber descubierto por ese medio un pentáculo que permitía hacer milagros. Una copia de ese manual realizada en el siglo XVIII bajo el título de "Cábala sagrada y divina de los setenta y dos nombres de los ángeles que portan el nombre de Dios y que fueron revelados por el santo ángel Metatron a nuestro padre Moisés, por medio de los cuales se obtiene de los ángeles, como lo hacia él, todo lo que se les pida, lícito y permitido, cuando se está en estado de gracia", llevaba los signos y caracteres mágicos de los ángeles a invocar y ha sido recientemente puesto a la venta por un librero parisino (Catálogo de Nourry, 1.925). Faltaba en el anuncio de la noticia de la venta de este documento la responsabilidad de su aserción cuando se dice que "las logias iluminadas de Martinez de Pasquallis se sirvieron de él para realizar sus prodigios, y uno de los ejemplares estaba entre los papeles de Cagliostro embargados por el Santo Oficio".

[6] I, 192-193.

[7] I, 192.

[8] I, 361.

[9] I, 362.

[10] I, 364.

[11] Esas cuatro letras representan, como ya se ha indicado anteriormente, a las cuatro clases en que se encuentran repartidos los primeros Espíritus emanados.

virtudes y potencias espirituales divinas e hicieron grandes prodigios por sus operaciones"[12].

El nombre, siendo signo de poder, y además de un poder determinado, es diferente o cambiado en el momento en que ese poder se modifica; así, los nombres (no revelados por el Tratado) de las cuatro clases primitivas de Espíritus emanados "son más fuertes que aquellos que damos vulgarmente a los Querubines, Serafines, Arcángeles y Ángeles que fueron emancipados después"[13]. Adam, "Hombre-Dios en su estado de gloria, tenía su nombre propio ligado a su ser espiritual. Es por la virtud de ese nombre que él manifestaba en el universo toda operación divina temporal"[14]. Después de su prevaricación, perdió el recuerdo de su "nombres espiritual" que era "Aba 4" (cifra del Cuaternario); cuando se reconcilió con el Señor, este le dio el nuevo nombre de "Bian 6" (cifra de la creación material) "apodándole Adam" (con el sobrenombre de Adam). Este segundo nombre "aunque muy poderoso", es muy "inferior al primer nombre de emanación, ya que la reconciliación no fue espiritualmente pura sino espiritual temporal"[15]. Inversamente, cuando el tercer hijo de Adam debió ser el intermediario en la reconciliación entre el Creador y su padre, Adam cambió "por inspiración divina" el nombre que se le había dado en un principio por el de Seth[16].

Es verdaderamente remarcable el contemplar en la Reintegración, suscrita sin ninguna reserva, una opinión de la magia primitiva que consideraba al dios o al Espíritu invocado como obligado a obedecer en el mismo momento que su verdadero nombre era pronunciado correctamente. Cuando Jacob busca ponerse en comunicación con el Señor, obtiene su reconciliación, invocándole por sus "tres nombres inefables", antes de darle el nombre de "Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob" con el que le conocen los sacerdotes de la religión judía oficial[17]. Cuando Adam quiso crear, "el Eterno había prometido a Adam bajo juramento que actuaría con él, en todas las operaciones que hiciese en su nombre (por su nombre) [y] no pudo impedir cumplir la promesa inmutable que le había hecho de secundarle en todas las circunstancias donde tuviera necesidad… Él (Adam) le ordenó empeñar su palabra por su inmutabilidad divina en favor de su propia creación material (de Adam)... Dios añadió según su promesa su operación espiritual a la operación temporal de Adam aunque en contra de su voluntad… y le concedió la coronación a su obra"[18].

Pasqually subraya así esta idea, muy familiar a los cabalistas, de que el nombre manifiesta sobre todo su potencia cuando se pronuncia en voz alta, es decir, bajo la forma del verbo y la palabra. Es por su "palabra" que Dios ha emanado a los Menores Espirituales[19]. La boca es el "órgano de la palabra poderosa del hombre"[20]. "Adam poseía en él un Verbo poderoso, puesto que de él debía de nacer su palabra de mando de las formas gloriosas impasivas y semejantes a las que habían nacido en la imaginación del Creador"[21]. "El Verbo que el Eterno había puesto en Adam para que produjera una posteridad de Dios no era más que la intención y la voluntad que debían de

[12] I, 105-106.
[13] I, 8.
[14] I, 361.
[15] I, 361.
[16] I, 362. Pasqually trata de dar una base mística a esa idea de origen mágico que dice que "el nombre espiritual dado al alma impasiva anuncia la unión de un ser distinto y espiritual o de un Espíritu particular septenario que el Creador ha sometido a la virtud poderosa del Espíritu menor después de su reconciliación" (p. 364). Este Espíritu, servidor y auxiliar del Menor, no es otro, para el hombre, que el mejor para sí mismo: "He aquí al verdadero prójimo al que debes querer y amar como a ti mismo" (I, 365).

[17] I, 233.
[18] I, 35-36.
[19] I, 56.
[20] I, 358.
[21] I, 57.

operar por la Palabra poderosa de este Primer Hombre"[22]. Cuando Adam, seducido por el demonio, empezó a crear a su alrededor, "usa todas las palabras poderosas que el Creador le había transmitido"[23]. "Aunque el hombre no recorrió las diferentes inmensidades más que en pensamiento, mientras que los Espíritus pueden recorrer realmente y en naturaleza del entendimiento infinito de la inmensidad divina…, la palabra del hombre le dio superioridad sobre todos los habitantes del mundo divino; es más fuerte y poderosa que la suya y el entendimiento que él puede tener sobrepasa aún al que recorren los seres divinos"[24]. El paso del triángulo cuaternario a los círculos de los Espíritus mayores y Espíritus inferiores, prueba "la potencia de la palabra de mando que le es entregada al Menor sobre los habitantes de estos dos círculos"[25].

El nombre místico, escrito o figurado por los signos convencionales conocidos únicamente por los iniciados, es un orden mudo, menos eficaz que el nombre pronunciado, pero que actúa como coadyuvante de la Palabra; es por ello por lo que el Élu-Cohen traza en la Cámara de la Operación los jeroglíficos o "caracteres" de los mediadores que evoca; las letras inscritas en el Cuarto de Círculo reemplazan la misma función. El jeroglífico IAB, que proporciona el texto impreso, es probablemente un error de transcripción y debe de leerse IAH o IAO, nombres de Jehovah muy usados por los Gnósticos que los habían tomado de los místicos judíos, inscribiéndolos sobre sus "sellos" y en sus "apologías". Lo que autoriza esta lectura es el nombre del "Gran Círculo de la Potencia Suprema", dado al Círculo de Retiro, por Bacon de la Chevalerie, Substituto General de Pasqually[26]. El jeroglífico RAP representa verdaderamente a Rafael, "aquél que sana en el nombre del Señor", se puede decir, místicamente, "que expulsa a los espíritus demoníacos"; nombre del ángel que, en el Libro de Tobías, enseña al héroe del recitado las recetas mágicas, fumigaciones y unciones, que ponen en huída a los demonios y que el Élu Cohen invoca como a un defensor especialmente potente. Todo nos conduce a creer que dos nombres protectores estaban igualmente inscritos sobre el Talismán con el que el Operante giraba sucesivamente los puntos contra los demonios y que denominaba su "escudo", palabra que nos recuerda el hexagrama en el que llevaban inscrito el Tetragrama los cabalistas y que llamaban "el escudo de David"[27].

∴

Abstracción hecha de estas concordancias de detalle con las doctrinas y prácticas de los ocultistas judíos, el ritual de las Operaciones no tenía nada que lo distinguiera de las formas tradicionales de

[22] I, 55.
[23] I, 17.
[24] I, 349.
[25] I, 297.
[26] IV, p. XXXVII.

[27] Los talismanes han existido en toda la antigüedad; los persas los llamaban Hamuletos, los romanos Amuleta, los mesopotámicos Teraphim, los basilidianos Abraxas, los griegos Filacterias o Stoikéa, los egipcios y los antiguos hebreos Totaphôth, los caldeos Tebhulim. Es muy posible que los pendientes de las orejas, anillos de los dedos, de la frente, de la nariz, hayan sido en un principio talismanes. Estos objetos a veces llevaban figuras de astros, sobre todo de la luna, o nombres de divinidades protectoras. Un escritor del último siglo, Brière, en una obra en parte antigua (Ensayo sobre el simbolismo antiguo de Oriente, 1.847), ha puesto de relieve la naturaleza del talismán: "En Oriente, el símbolo religioso no era solamente la expresión de una idea, era también una causa activa que continuaba la intención de aquél que lo poseía en uso, efectuando o destruyendo la cosa que representaba al tiempo presente o en un tiempo lejano.... Existía un lugar de correspondencia entre el mundo y la tierra, y las figuras que se suponían en el mundo arquetípico, estaban obligadas a operar en el mundo terrestre mediante la fuerza de la imitación y por la potencia de las palabras. Tras el símbolo, se encontraba el nombre del objeto. Ese nombre escrito, o pronunciado con intención, era una orden a las potencias sobrenaturales encargadas de la administración del mundo para cumplir la voluntad de aquél que la había figurado" (Citado por Vulliaud: op. cit. p. 33, sg.). Los talismanes presentaban casi siempre puntos, como los de los Élus Cohen.

la magia ceremonial. Podría entonces parecer inútil investigar en qué modelos se ha inspirado Pasqually, ya que al menos en dos obras conocidas se le podría acusar de plagio.

Una obra ocultista judía del siglo VIIIº, conocida por el nombre de "Libro del Angel Raziel" o "Libro de Adam", indica una ceremonia mágica que, aunque tendente a un objetivo diferente del perseguido por los Élus Cohen, presenta con la Invocación de los Tres Días y con la Ceremonia de la Ordenación curiosas analogías. "Cuando, *dice el libro místico*, alguien va a ejecutar una empresa, debe de hacer antes lo que sigue: contará tres días a partir de la luna nueva, se abstendrá de todo alimento que pueda presentar la más ligera sospecha de impureza (ritual), particularmente de todo alimento que contenga sangre, no beberá vino, evitará toda relación conyugal durante esos tres días, se bañará cada día antes de levantarse el sol con agua corriente. Tomará dos tórtolas blancas y las inmolará con un cuchillo de cobre con dos filos, sirviéndose de uno de ellos para sacrificar la primera tórtola y el otro para la segunda; a continuación vaciará los animales y lavará sus entrañas con agua. Tomará tres medidas de vino viejo, incienso puro y un poco de miel clara, lo mezclará con las entrañas y llenará con todo ello el cuerpo de las tórtolas. Cortará entonces cada cuerpo en nueve trozos y los colocará sobre los carbones al comienzo del día. Debe vestir para esto un vestido blanco y tener los pies desnudos. Invocará después el nombre de los ángeles que hacen durante ese mes el servicio, y cada día quemará tres trozos de cada tórtola. Al tercer día juntará las cenizas, las extenderá sobre el suelo de la vivienda para dormir encima durante la noche. Antes de dormir invocará los nombres de los ángeles poderosos y santos y se retirará sin haber hablado con nadie. Entonces los ángeles se le aparecerán durante la noche sin ningún velo y le descubrirán todo aquello sobre lo que les interrogue sin ningún temor"[28].

El segundo modelo que parece haber seguido Pasqually es mucho más antiguo. Cuando un historiador contemporáneo declara: "En el fondo, ni Martinez de Pasqually, ni su discípulo Saint–Martin, ni Cagliostro, ni Eteilla, innovan nada, sólo continúan la tradición, y cuando se comparan sus conjuraciones mágicas con las que se les atribuyen a C. Agrippa, se percibe que los adeptos del siglo XVIIIº no han introducido más que variaciones arbitrarias"[29], se engaña, puesto que Saint–Martin jamás elaboró un sistema mágico, pero designa con exactitud la fuente en la que han bebido los taumaturgos de la época de las "luces" cuando dice en otro lugar: "La traducción de 1.727 de la Filosofía Oculta de Agrippa por Levasseur quedará, a pesar de su escasez y sus inexactitudes, como el manual fundamental de todos los doctores y buscadores en el terreno de la magia"[30].

Hay, no obstante, que matizar esta opinión: si bien es cierto que las obras mágicas de Agrippa, traducidas al francés por Pierre d'Aban, aparecidas en 1.744, y que la *Filosofía Oculta* traducida por Levasseur han sido abundantemente plagiadas, el Libro IVº de esta última obra, que no figura en las traducciones que hemos citado, y cuya paternidad, atribuida a Agrippa, no es cierta[31], parece ser atribuido particular-

[28] Bischoff: *Kabbalah*, p. 141-142.

[29] Bila: *Croyance à la magie au XVIIIº siècle*, p. 132-133.

[30] Idem., p. 29.

[31] M. Prost, que ha consagrado a Agrippa una monografía en dos volúmenes, opina que nada prueba que el IVº Libro sea de Agrippa, pero la verdad es que tampoco se puede probar lo contrario. Se puede decir que este libro se ha concebido con el mismo espíritu que los tres primeros Libros de la Filosofía Oculta, que sí son de Agrippa; la tesis es la misma: la eficacia de los encantamientos proviene de palabras pronunciadas en las ceremonias mágicas, del empleo de números, de figuras y de nombres de Espíritus. El IVº libro fue editado por vez primera en Bale en 1.565, siguiendo a los tres primeros. No fue traducido al latín y aún menos al francés antes de finales del siglo XIX, sea por respetar la ley de silencio impuesta al comienzo de la obra, o sea como lo supuso su traductor Jules Bois "porque los ocultistas habían preferido mantenerlo en secreto para poder coger de él préstamos sin

mente a la contribución del maestro de los Élus Cohen.

El Libro IVº de la Filosofía Oculta, titulado "De las ceremonias mágicas", es un tratado de demonología, fundado en cálculos astrológicos, suponiendo conocimientos mucho más extensos que aquellos de los que da prueba Pasqually. La obra provee de los elementos de un "cálculo confiado a letras egipcias (jeroglíficos) por el grave autor Trismegisto"[32] y que permitiría, mediante "letras recopiladas de la figura del mundo, desde la salida del cuerpo del planeta, según la sucesión de signos, a través de cada grado y de cada grado visto del planeta, la proyección habiendo sido hecha desde el grado del ascendente", formando el nombre secreto de las Inteligencias que presiden cada planeta. El Tratado describe otras formas que toman como preferencia a los Espíritus de Saturno, Júpiter, Marte, Venus, Mercurio, la Luna y el Sol.

El propósito del autor y los medios que preconiza son, en un principio, muy diferentes de lo que buscaban y practicaban los discípulos de Pasqually. Enseña el arte de obtener de los Espíritus, por la obligación mágica, revelaciones del porvenir. El procedimiento mecánico que recomienda es el de recorrer rápidamente de Oriente a Occidente el círculo consagrado, hasta que el vértigo producido por ese movimiento circular produzca un éxtasis durante el cual el adepto recibe las revelaciones del Espíritu evocado. No se retrocede ante la "citación" de Espíritus malvados: se deja entender que esta operación es peligrosa e impone grandes privaciones, considerándola por tanto como lícita según indica el ritual. Pero las instrucciones dadas a aquéllos que, por medio de ceremonias mágicas, fuerzan a los Espíritus a obedecerles, recuerdan tanto a las que proscribe Pasqually a sus discípulos que es difícil ver una similitud con la obra tratada debido al azar.

El adepto se prepara religiosamente para su trabajo durante un número de días, correspondientes a una lunación entera; otro número de días de preparación, recomendado por los "cabalistas", son cuarenta. Durante su retiro observará una absoluta castidad, distrayéndose en todo lo posible de sus asuntos profanos y de todo negocio, siguiendo además un régimen en el que están excluidos todos los alimentos que hayan tenido una vida sensible y no bebiendo más que agua pura y fresca de manantial. Se realiza una oración cotidiana en el mismo lugar en el que tendrá lugar la evocación y se expandirán perfumes después de haber orado.

Una vez terminado el periodo preparatorio, el adepto debe ayunar un día entero y en la luna nueva entra completamente en ayunas, cubierto por una vestimenta larga de lino, después de haber realizado las abluciones prescritas y con los pies desnudos, en el "lugar santo". Se consagra "el emplazamiento con la aspersión de agua bendita y se fumiga para exorcizarlo". Se dibuja el círculo con carbón bendecido[33], después de haber orado, rendido cuentas a Dios y hecha una fumigación, escribiendo después sobre el perímetro del círculo los nombres de los ángeles y en su interior los "nombres elevados de Dios", marcando los cuatro ángulos del mundo. Este círculo que porta los nombres divinos y de los buenos Espíritus "que nos prestan defensa", debe protegerlo contra los Espíritus malvados; para "fortalecer más tiempo se ayuda de caracteres y pantáculos". "Los pantáculos

ser acusados de plagio por la masa de lectores, ignorantes de un latín abstracto y científico" (Alta Ciencia, 1.893, I, p. 657). Pasqually bien pudo utilizarlo sin temor, puesto que estaba obligado a traducir al francés sus instrucciones, primero redactadas en latín, con el fin de volverlas inteligibles a alguno de sus adeptos (III, 92; II, 108).

[32] Esta cita es, así como las siguientes, extraída de la traducción publicada por J. Bois en la revista *La Haute Science*, I, p. 658, sig. y II, p. 33, sig.

[33] Pasqually se contentaba con un trozo de tiza; la verdad es que tenía sumo cuidado en evitar todo choque con el culto cristiano.

son signos sagrados que nos ayudan a ligar y exterminar a los demonios malvados y a atraer a los buenos Espíritus para conciliarnos con ellos. Se componen de caracteres (jeroglíficos) y nombres de buenos Espíritus de orden superior, de figuras geométricas y de nombres santos de Dios"[34]. Al lado del círculo hay un triángulo sobre el que se sitúa el Libro de los Espíritus.

Una vez ha entrado en el círculo, el discípulo de Agrippa hace aspersiones con agua bendita, expandiendo los perfumas sagrados y adorando de rodillas; a continuación se coloca a rezar en el lado de Oriente y recita de rodillas el salmo: *Beati inmaculati in via*. Inciensa todo orando y finalmente suplica a los ángeles, invocándoles por sus nombres divinos, se dignen iluminarle. En caso de que crea temer particularmente los ataques de los demonios, puede hacer preceder su invocación de la lectura de algunas oraciones suplementarias y de algunos salmos "para su defensa".

"Después del trabajo, se borra el círculo, despidiendo a los Espíritus siguiendo el ritual".

∴

Por exactas que sean las concordancias entre los rituales bosquejados por el *Libro del Ángel Raziel* y el IVº Libro de la *Filosofía Oculta*, estos presuntos modelos nos indican dos detalles extremadamente interesantes por los conceptos primitivos de los que proceden.

La obligación impuesta al Operante de forrar con corcho sus sandalias es un recuerdo de la magia dinamista o fluídica; esta prescripción toma toda su significación si se la compara con lo que Frazer dijo acerca de la virtud mágica: "La filosofía primitiva concebía la santidad, la virtud mágica y el tabú como una substancia física o fluídica de la cual el hombre sagrado es cargado, como una botella de Leyde es cargada de electricidad acumulada y, así como puede descargar electricidad por contacto con un buen conductor, la santidad y la virtud mágica puede descargarse y dispararse por el contacto con el suelo, que, según esta teoría, sirve de excelente conductor al fluido mágico. Por tanto y con el fin de no desperdiciar esa carga, es necesario impedir que el personaje sagrado toque tierra, por lo que hace falta aislarle"[35]. Este concepto primitivo había dejado rastro en las nociones del "el" y del "qodech" que la Biblia nos hace conocer. El de "el", o energía divina, impersonal y expandida por todas partes, pero condensándose en ciertos objetos, piedras, árboles, fuentes, o en ciertos seres, animales u hombres, "es el fundamento de toda la religión de Israel"[36]. Los vehículos de esta fuerza sobrenatural y misteriosa son "qodech" o, según la grafía usada en el siglo XVIIIº, "kadosch"[37]; los organismos que visita son dotados por ella, en tanto que dure su presencia, de un vigor anormal que les permite ejercer a su alrededor una acción irresistible. Pero el manejo de esa fuerza divina exige muchas precauciones, ya que su intensidad la vuelve peligrosa dadas las bruscas descargas que provoca. Esto es tabú para los profanos. "Ningún objeto profano debe de encontrarse jamás en la proximidad de lugares sagrados

[34] "Son una especie de sellos sobre los que se graban líneas y trazos de caracteres desconocidos", dice, en el articulo Pantáculos, el Diccionario Mito-Hermético de Pernety, 1.787. El pantáculo propiamente dicho, llamado también pentalfa o pentagrama, representa una estrella de cinco brazos; sin embargo, el nombre se daba a toda figura mágica presente en los ángulos. Agrippa fabricaba pantáculos muy complejos, portando "la imagen de la serpiente suspendida en la cruz y otros que encontramos en numerosas visiones de los profetas Isaías, Daniel, Esdrás, en las visiones del Apocalipsis". El Cuarto de Círculo de la Cámara de Operación y el "escudo" del operante, menos pintorescos, eran esencialmente de pantáculos. Gleichen lo constata en sus Memorias (VII, 157), donde indica que las figuras empleadas por los Élus Cohen no eran "otra cosa sino eso que se ha venido en llamar el sello de los Espíritus, y que se colocaban sobre los talismanes, sobre los pantáculos y alrededor de los círculos mágicos.

[35] Frazer: *Rameau d'Or*, edición francesa, p. 557.
[36] Kreglinger: op. cit. p. 75.
[37] Que quiere decir: "Santo".

y cada infracción a esta regla produce de inmediato una descarga violenta de fuerzas divinas. La ruptura del equilibrio provoca un choque que se manifiesta con efectos fulminantes"[38]. El Levítico (X, 1-2) nos muestra a los hijos de Aarón devorados por una llama salida del Arca, ya que se encontraban próximos a ella con un incensario que había sido encendido negligentemente en vez de haberlo hecho siguiendo las reglas litúrgicas, siendo, por lo tanto, un objeto profano. Igualmente para el hombre consagrado por la ordenación, esta fuerza invisible y soberana le resulta temible; portando sandalias de corcho, el Élu Cohen se prevenía, no temiendo entonces nada contra el ataque violento que podría producir el encuentro de su cuerpo cargado de "el" con un lugar del suelo que podría no estar consagrado mediante sus lustraciones y fumigaciones.

Por otra parte, el reglamento que ordenaba al Operante alumbrar las velas y hornillos con "fuego nuevo" no se aplicaba solamente, como creía Saint-Mártin, al principio de que "todo debe de ser nuevo"[39]. Esto continuaba una tradición muy antigua, cuyas huellas se encuentran en todo el mundo, y que no admitía para los usos del culto más que el fuego obtenido sobre un cierto lugar mediante procedimientos invariables y utilizados por civilizaciones diferentes. El fuego destinado al sacrificio era encendido en la India por el pramantha, es decir, mediante el calentamiento de un trozo de madera frotado rápidamente en la abertura de un leño agujereado. De la misma manera, los sacerdotes mexicanos encendían el fuego nuevo al cabo de un ciclo de 52 años[40]. El gramático Festus (IIº o IIIº siglos después de Cristo) anota que a este procedimiento primitivamente empleado le sucedió el uso de sacar fuego nuevo de los rayos solares reflejados en un espejo cóncavo o refractados a través de un cuerpo transparente[41]. Prudencio escribió a finales del siglo IVº, en su Cathemerinom, refiriéndose a Cristo: "Tú nos enseñas a buscar por el choque de un guijarro la luz que contiene el sílex como una especie de semilla"[42].

La Iglesia había conservado sus antiguos usos en las ceremonias pascuales. "El sábado precedente al domingo de Pascua era uso en los países católicos el encender todas las luces en las iglesias después de encender un fuego nuevo, a veces por medio del sílex y del acero, otras, por medio de un vidrio ardiente. Es este fuego el que alumbra el Cirio Pascual que a su vez sirve para encender todas las luces de la iglesia"[43]. En Roma, el fuego nuevo se obtenía en Pascua con un afilón de metal; en París con un sílex, cantando: "Dios, que por tu Hijo has aportado a los fieles el fuego de la claridad salida de una piedra para servir a nuestros usos, santifica este fuego nuevo" (Oficio de la Semana Santa, París, 1.756). En Mayence se encendía el cirio pascual con un prisma o un espejo. En Florencia, en la mañana del sábado santo, el prior de la basílica de los Santos Apóstoles ponía el fuego en una bujía frotando con un encendedor sobre tres piedras provenientes de la tumba de Cristo y con esa bujía encendía el cirio pascual[44].

En ciertos lugares de Suabia no se debían encender los fuegos de Pascua por medio del hierro, el acero o el mismo sílex, sino únicamente frotando trozos de madera. En las Higlands de Escocia se encendía el primero de mayo el "tein-eigin" (fuego forzado o fuego de miseria) haciendo girar un berbiquí de madera en el agujero de un tablón. Este uso se daba también en el país de Gales, en Hungría, en Rumanía, en Masuria y en Albania. La prohibición de servirse del acero era tan rigurosa que en Es-

[38] Kreglinger: *Ibid*, p. 99.
[39] III, 93.
[40] Réville: *Religiones de Mexico*, p. 142-145.
[41] Saintyves: *Essais de Folklore biblique*, p. 24-25.
[42] Idem, p. 18.
[43] Frazer: *Rameau d'Or*, p. 575.
[44] Idem, p. 19, 18, 40.

cocia aquéllos que encendían el "fuego de miseria" debían de deshacerse previamente de todo objeto de metal que pudiesen portar. En Suecia, los fuegos de la alegría se encienden aún con dos trozos de sílex[45].

El encendido del "fuego nuevo" para sus Operaciones por el Élu Cohen daba fidelidad a una costumbre religiosa de origen mágico, aún honrada hoy día en prácticas populares y en algunos ritos de las tradiciones religiosas de las religiones positivas.

∴

La fidelidad a la tradición mágica ritual de los Élus Cohen se afirma por los conocimientos y facultades sobrenaturales que se atribuía el jefe de la Orden. No bastaba, siguiendo la doctrina ortodoxa mágica, que el doctor en magia, el "Sabio", hubiese aprendido de sus maestros desconocidos, de sus "amigos de Sabiduría" de los que habla en la Reintegración junto con sus fórmulas y ceremonias eficaces, aún faltaba que estuviera en posesión de dones excepcionales de clarividencia y de poder que harían de él un ser privilegiado, habilitándole para elegir entre sus discípulos a aquéllos que fueran capaces y dignos de recibir y transmitir el depósito a él confiado. "Dios da a sus Élus, sin ninguna distinción corporal, el conocimiento de sus dones espirituales para el avance de los hombres en la tierra, lo mismo que ordena a esos mismos Élus no transmitir sus dones y virtudes más que a aquéllos que son dignos de semejante herencia"[46].

Pasqually pretende así ser más que un hierofante, enseñando a sus discípulos verdades transcendentes; es ante todo un Cohen, en la medida en que este era un heredero de los antiguos magos[47] poseyendo los poderes sobrenaturales de los Élus espirituales. El sacerdote judío no gozaba de facultades superiores, no comunicaba directamente con el mundo divino, porque sólo era un hombre ordinario; estaba dotado de virtudes santas que los ritos de consagración tenían precisamente por objeto otorgarle. No ejercía sus funciones más que tras una iniciación completa, mediante la que le eran comunicadas las substancias sagradas, que por un lado le hacían digno de penetrar en el mundo transcendente y por otra parte le inmunizaban contra el peligro que suponía el contacto con los objetos condensadores del "el"[48]. En la Biblia, Elías, del que Pasqually repite el tipo de Élu Espiritual, había curado de la lepra al general sirio Namaan, volviendo potables las aguas malsanas y transformando mágicamente en vegetales comestibles las plantas venenosas (IV Reyes II, 19-20; IV, 38 sg.; V, 1 sg.)

A ejemplo de los Cohens y Profetas, Pasqually estaba directamente en relación con la divinidad, conociendo por intuición o por íntima iluminación las leyes físicas de las que la ciencia profana se esforzaba en vano para percibir el misterio; depositario de una parte de la inteligencia y de la energía divinas, puede interpretar las manifestaciones obtenidas por las Operacio-

[45] Frazer: *Rameau d'Or*, p. 577-578; 580-587; 595-597.

[46] I, 226.

[47] El término hebreo que designa al sacerdote, Kohen, deriva de la misma raíz que el árabe Kâhim, el divino, e incita a pensar que la predicción del porvenir fue en el comienzo del dominio de su ejercicio y la autoridad del sacerdote (Kreglinger: op. cit. p. 300).

[48] Pasqually insiste sobre la función mística de la unción del aceite santo que había, según el Levítico (VIII), figurado en la consagración de Aarón y de sus hijos como sacerdotes del Altísimo. La Reintegración comenta que cuando "los siete principales Espíritus universales" se le aparecieron a Noé bajo la forma de un arco en el cielo, para anunciar el renacimiento de la vida en el mundo y el restablecimiento del orden cósmico, el Patriarca, en un principio, no pudo comprender el sentido de esta manifestación; fue necesario, para comprender que su "liberación estaba próxima", que la paloma hubiese volado hasta el monte Ararat dejando a sus pies una rama de olivo que portaba: "Esta rama de olivo puesta por la paloma, elegida preferentemente a otra madera, enseña a los hombres el fruto del que se servirán para la unción y la marca de poderosas señales (élus), propuestas por el Creador para la manifestación de su culto, así como para la práctica de Israel y también de todos los Sabios" (I, 175).

nes, prever el porvenir, saber lo que pasa en los lugares más alejados y curar las enfermedades sin recurrir a los remedios humanos. Es, por los podares que asegura poseer, uno de esos Sabios "que han aprendido a conocer la fuerza del número Denario por su perseverancia en sus operaciones espirituales divinas, por medio de las cuales ha obtenido los mismos dones que le fueron entregados a Seth"[49]. Juega junto a sus discípulos el mismo papel que los tres misioneros de la segunda posteridad de Noé desempeñaron cerca de los Menores Espirituales que hicieron los servicios del verdadero culto divino. Como ellos, consagrando a los Réau-Croix, ejerce el derecho de hacer "una elección espiritual" y confiere "la suprema ordenación y la bendición espiritual"[50].

Así mismo puede conferir a distancia esa "suprema ordenación". Willermoz, que ya había sido ordenado Réau-Croix en 1.768, en París, por el Substituto Universal de Pasqually, atribuía el resultado negativo de sus trabajos a la "invalidez" de su recepción; dos años más tarde Pasqually ordenaría válidamente, él mismo, al adepto lionés, sin salir de Burdeos. Fue suficiente que la nueva ceremonia tuviera lugar en el equinoccio de primavera y que fuera establecido un sincronismo absoluto entre los actos del oficiante y los del recipiendario. Willermoz debía de realizar un trazado especial en la Cámara de Operación: retirando el Círculo de Retiro y poniendo más oblicuos los dos rayos del Cuarto de Círculo, reservando entre las dos figuras un espacio suficiente para trazar una circunferencia teniendo seis pies de diámetro, es decir, tan grande como para contener el cuerpo extendido del recipiendario, cuya talla era de cinco pies y ocho pulgadas. Al Oeste tenía que trazar un Círculo de Correspondencia en medio del cual brillaría una vela representando a Pasqually. En el día convenido, Willermoz debía, a las diez horas en punto de la tarde, prosternase "con la cabeza entera (entendido con la cabeza en tierra) en el círculo", la cabeza vuelta hacia el ángulo Este, es decir, en dirección al Cuarto de Círculo, estando media hora en esta posición. Por su parte, Pasqually estaría en "su ángulo" a las nueve horas en punto en Burdeos y "trabajaría" hasta una hora después de medianoche. Una vez acabada la prosternación, Willermoz encendería las luces del Cuarto de Círculo, deshaciendo todo su trazado y retirándose de la Cámara de Operación. El mismo trabajo paralelo sería repetido al cabo de cinco días, pero comenzaría una hora más tarde y con unas invocaciones después de las cuales Willermoz encendería una vela que representaría a Pasqually diciendo: "Bendito sea aquél que me asiste y que me entiende; oh Bagniakim, amén". A continuación debía proceder al "trabajo ordinario", vigilando únicamente que el jeroglífico trazado previamente en el Círculo de Recepción se encontrase exactamente entre sus piernas[51].

Mientras que los Réau-Croix no ejercieron, aún pasajeramente, más que la potencia cuaternaria, su maestro reivindicó para sí mismo, si no explícitamente al menos con claridad suficiente cuando se lee entre líneas su correspondencia, la doble potencia espiritual divina del número Ocho "que el Creador ha destinado a los Élus Espirituales que vienen a favorecer y proponer la manifestación de su gloria" y que "el hombre no puede obtener del Creador sin trabajar de manera constante y sin cubrir las penas del cuerpo, el alma y el espíritu"[52]. Él puede, en efecto, mediante sus Operaciones personales, favorecer mágicamente las "empresas tanto espirituales como temporales" de sus "Émulos". Cuando los Réau-Croix Willermoz y de Grainville se reunieron en París en abril de 1.770 "para realizar los arreglos definitivos para el bien

[49] I, 119-120.
[50] I, 206; 207.
[51] II, 90-91; 96-97.
[52] I, 325.

de la Orden", su maestro les escribió: "Que el Eterno bendiga vuestra empresa y a todos por ello. No contribuiría menos por mi trabajo próximo para que él os digne favoreceros tanto espiritual como temporalmente y os tenga por tiempo inmemorial a su lado. Amén, Amén, Amén"[53]. Así, para estar siempre en disposición de proyectar ese fluido bienhechor, Pasqually se encuentra comprometido "por juramento", en su calidad de "jefe espiritual soberano de los círculos de operación espiritual divina", a tener, "como es de uso y está ordenado y prescrito, sus círculos abiertos todo el año con el fin de no ser sorprendido ni por el cansancio, sea para su utilidad particular, para la Orden, para las instrucciones particulares o generales y para la propagación de la Orden"[54].

Pasqually posee además el don de la doble visión, que le permite estar al corriente de los trabajos de los adeptos a más de doscientas leguas de distancia y puede sugerirles a través del espacio la conducta que deben adoptar en circunstancias graves. El día en que Bacon de la Chevalerie se sintió aterrado por la fuerza superior de uno de los demonios que conjuraba en el curso de una operación, escapó al peligro arrojándose del Cuarto de Circulo al Círculo de Retiro "poseído por una determinación obscura e irresistible"; más tarde estuvo completamente seguro de que había sido inspirado por Pasqually, que a su vez trabajaba por su cuenta en Burdeos y que le había visto "en su desfallecimiento"[55].

El Maestro de los Élus Cohen reunía en su persona todos los dones que habían sido repartidos por la divinidad entre los siete Élus Espirituales de la segunda posteridad de Noé. La Reintegración prueba que estaba iniciado en las ciencias secretas comunicadas a los tres últimos hermanos: a saber, para el sexto hermano, "el conocimiento del carácter literal y jeroglífico, celeste, terrestre, espiritual, superior, mayor, inferior y menor divino"[56], es decir, doctrinas cosmológicas, pneumatólogicas y antropológicas expuestas en el tratado, y, por el séptimo, "el conocimiento perfecto de todos los caracteres jeroglíficos y todo ser espiritual demoniaco" o ciencia de los exorcismos, y el "don de construir edificios espirituales para la gloria del culto al Creador"[57] o, en otros términos, el arte de trazar los círculos, los ángulos y los caracteres en la Cámara de Operación. Si no parece que haya usado del don de "plantación y cultivo terrestre" (fecundación mágica de las plantas y de los rebaños) acordado al quinto hermano, la Reintegración prueba que su autor tenía en biología luces particulares y que su omnisciencia se extendía hasta los fenómenos más repugnantes de la vida orgánica. A pesar, o más bien a causa de su extrañeza, la teoría que expone con una imperturbable seguridad sobre la generación de gusanos en un cuerpo en putrefacción, merece ser reproducida íntegramente: "Otro poder, enseña doctoralmente la Reintegración, es que el cuerpo del hombre se reproduce corporalmente y tiene aquello de la vegetación de los animales pasivos que están verdaderamente introducidos en la substancia de esa forma material. Cuando el ser agente material ha abandonado su forma, ésta se entrega a la putrefacción". En forma de "reptiles que subsisten hasta que los tres principios espirituosos que han cooperado en la forma corporal del hombre son reintegrados" (disueltos). Esta putrefacción no proviene de ella misma, ni directamente de la forma corporal, sino de eso que es "lo seminal de todas las cosas sujetas a la vegetación y se encuentra introducido en el desarrollo, sea terrestre o acuático". "El cuerpo del hombre, proviniendo de la tierra general y habién-

[53] II, 100.
[54] II, 89.
[55] IV, p. XXXVII.
[56] I, 190.
[57] I, 190-191.

dose introducido en su forma de materia los tres principios que han cooperado con él en formar su desarrollo, sea terrestre o acuático.... reside aún en esa forma particular un seminal de animales susceptibles de vegetación. Es por ese seminal que la putrefacción llega al cuerpo, después de lo que vulgarmente se conoce como muerte. Los tres principios que llamamos azufre, sal y mercurio, operan para su reintegración (ponen en libertad), entrechocando por su reacción los ovarios seminales que están en toda la extensión del cuerpo. Esos ovarios reciben entonces un nuevo calor elemental, que desnuda la especie animal reptil de su envoltura, y esta envoltura, así disuelta, se liga íntimamente con la humedad grosera del cadáver. Es la unión de esta envoltura de los reptiles con la humedad grosera del cadáver lo que opera la corrupción general del cuerpo del hombre y pone fin a su vida aparente. La vida y la acción que los animales tienen en la humedad radical no proviene más que de la operación del eje del fuego central, que deposita por su última operación todas las impurezas que rodean las tres esencias espirituosas que se encuentran contenidas en la forma del cadáver. El fuego elemental, conjuntamente con el fuego central, conservan (sic) la forma de figura aparente de estos animales reptiles por la operación de refracción de sus rayos de fuego espirituosos que seguidamente se repliegan sobre ellos mismos mientras no encuentren más fluido en qué operar, es decir, cuando todo ha sido consumido por ellos”[58].

Pero las facultades de las que Pasqually hace mayor uso son las que habían sido repartidas a los cuatro hermanos primogénitos, que le dieron todos los poderes de un verdadero mago. Más favorecido que Adam, que no había podido comunicar a Seth más que “el penoso ceremonial y jamás los frutos espirituales provenientes de sus operaciones espirituales temporales” (interpretación de los Pases)[59], puede, como primogénito, “interpretar a sus hermanos los frutos provenientes de sus operaciones”[60], es decir, comprender el alcance y la significación exacta de los fenómenos sobrenaturales observados por los adeptos, y esta ciencia es una de sus prerrogativas. Dejaba entrever a sus discípulos el momento en que por efecto de su práctica de “la Chose”, llegarían “a instruirse y formarse tanto en la interpretación como en el trabajo”[61], pero mientras él estuviera detrás de ellos no renunciaría a su monopolio[62]. Los adeptos le comunicaban sus “trabajos” en los que conservaban sus croquis y eran invitados a observar con la máxima atención si alguna de las figuras trazadas sobre el suelo, u “otras cualesquiera”, les eran “devueltas”, y a enviar sus notan al Maestro que se reservaba el derecho de hacer “el uso que juzgara oportuno para su adelanto e instrucción”[63]. Pasqually escribía el 13 de marzo de 1.770 a Willermoz: “Sus diarios me han sido muy exitosos (me han sido útiles) en las búsquedas que he realizado y que he interpretado con acierto sobre los acontecimientos presentes y futuros que han concordado perfectamente bien con los hechos por la

[58] I, 82-84.

[59] I, 127.

[60] I, 187.

[61] II, 110.

[62] Envió, desde Puerto Príncipe, el 12 de octubre de 1.773, “un repertorio general de nombres y números, además de los caracteres y jeroglíficos que interpretaban el fruto proveniente de la operación”, asegurando que estas piezas permitirían a los Réau-Croix “interpretar el fruto de sus trabajos sin su ayuda” (II, 195-196). Pero esta concesión, impuesta por el alejamiento y el deseo de prevenir las deserciones, era más aparente que real, porque Saint-Martin declaró, después de haber tomado conocimiento de los papeles enviados por Pasqually, que esos documentos contenían pocas cosas ignoradas por los Élus Cohen (III, 153).

[63] III, 113. Saint-Martin, acuciado a preguntas por el barón de Gleichen, al que había dado a conocer los primeros grados de los Élus Cohen (Fichas de Savalette de Langes, reproducidas por Fabre en: *Eques a Capite Galeato*, p. 88), finalizó por mostrarle “figuras jeroglíficas trazadas con rasgos de fuego que se le habían aparecido en sus trabajos y de las que le había ordenado conservar sus dibujos” (VII, 152).

gracia del Gran Arquitecto del Universo"[64].

Las manifestaciones de las que él mismo era testigo le informaron sobre el valor de los resultados obtenidos por las Operaciones de sus discípulos. El 9 de mayo de 1.772 escribía a Willermoz, desesperado por sus repetidos fracasos: "Estoy prevenido por mi trabajo de que, si vos tenéis en el vuestro alguna satisfacción, ésta no será considerable"[65].

Pasqually puede, como el segundo hermano, profetizar la manifestación de la justicia divina[66], es decir, anunciar de qué forma terminará el mundo y qué Justos serán reintegrados en el círculo divino; pero es también capaz de prever los acontecimientos futuros, tanto los importantes como los más insignificantes, mediante la interpretación de los Pases observados por los Réau-Croix[67].

Como el tercer hermano, ha recibido el don de la "astronomía universal, general y particular"[68], que le pone, solo ante todos los miembros de la Orden, en estado de calcular las conjunciones planetarias de las que dependen en gran parte el éxito de las operaciones[69]. No procede en estos importantes cálculos según lo establecido por la ciencia vulgar, ya que el cómputo que observa es "el año misterioso equinoccial que va de un equinoccio al otro y que comienza con el de (sic) septiembre"[70], y la fecha de los equinoccios es fijada según el primer cuarto de la luna de marzo y la de septiembre "sin preocuparse por los días que la ciencia profana declara equinoccios"[71]. Si los Réau-Croix tienen el derecho de elegir para el Trabajo de Equinoccio una serie de tres días en un período de ocho días, este periodo es determinado por Pasqually tras sus cálculos ocultos[72], y deben de esperar el resultado de esos cálculos para saber en qué tiempo místico declinará la luna del mes siguiente[73].

Al igual que el cuarto hermano, Pasqually "está dotado del conocimiento del Verbo Poderoso que el Creador emplea para toda su creación temporal"; él puede, en consecuencia, "operar a favor de los cuerpos humanos para su conservación durante el curso de su duración" y curar radicalmente las enfermedades[74]. Por ello, dice, la medicina empírica no se ocupa nada más que de la materia "no dedicándose más que a ese instinto animal que está dentro de todo ser pasivo". "Si algún acontecimiento natural ocasiona sobre la forma de los hombres que son atacados en la vida temporal alguna contracción (acción contraria) que perturba las leyes de orden, claman al fenómeno, están aterrorizados y, por ignorancia, se libran a los cuidados y al instinto de uno de sus semejantes, que a menudo es más ignorante que ellos mismos, padeciendo más que el afligido si un accidente parecido les llegara. Esta conducta no es sorprendente en ellos, que en casos parecidos no recurren a su primer principio espiritual divino, el único médico que puede curar radicalmente"[75]. En virtud de este principio, Pasqually se hizo fuerte "para operar contra las enfermedades y para la conservación de los fieles miembros de la Orden"[76]. Les dio consultas por correspondencia señalándoles las curaciones que ya había operado. La más meritoria de las curaciones tuvo como beneficiaria a su propia mujer. Estaba, es cierto, afectado en primer lugar de un medio

[64] II, 99.
[65] II, 109.
[66] I, 188.
[67] II, 99.
[68] I, 188.
[69] II, 77.
[70] II, 81.
[71] II, 77.
[72] II, 107.
[73] II, 107.
[74] I, 188.
[75] I, 239. El recurso al "primer principio espiritual divino", es decir, a una intervención divina que cura mágicamente, tuvo un cierto reconocimiento en Inglaterra, en América y en Alemania, a finales del siglo pasado; herencia de la antigua magia antidemoníaca, podía, para los pietistas cristianos, reclamarse en el Espíritu de Santiago (V, 14-15): "La oración hecha con fe curará al enfermo y el Señor le hará levantarse".
[76] II, 89.

fracaso en marzo de 1.770 después de haber "trabajado" para el "restablecimiento general de la salud" de la señora de Pasqually; una Operación prolongada, de más de doce días, no "había obtenido más que una débil luz en su curación"[77]. Pero cinco meses más tarde, una nueva Operación fue coronada por un éxito clamoroso, por lo que Pasqually pudo informar a Willermoz "de la gracia que había obtenido de Dios por la fuerza de sus trabajos corroborado por las legítimas oraciones sinceras de sus verdaderos discípulos y émulos en la Orden". El orgullo que su victoria inspiraba al terapeuta era tan grande porque la enferma había estado muy grave y los médicos habían desistido de su curación, abandonado a la paciente. "Mi mujer, escribía Pasqually, sufría de los más temibles males que son susceptibles de reducir al individuo de naturaleza humana a su reintegración forzada, contra la duración de su curso (muerte antes de los términos normales): 1º disolución de la sangre, 2º pérdidas rojas después de cincuenta y cuatro días, 3º obstrucción de la matriz, 4º relajamiento de todas las partes intestinales (sic), 5º cólicos nefríticos, 6º engordamiento de las glándulas inguinales del lado derecho; 7º dolor ciático reumático". Una consulta a "todos los médicos célebres y a los cirujanos de Burdeaux" en presencia de toda la familia de la señora de Pasqually y de algunos "émulos", había dado a la enferma por perdida. Los médicos, reconociendo la impotencia de la ciencia humana en este caso, habían "ordenando" a la señora de Pasqually "someterse a las órdenes de su marido". Este se puso manos a la obra sin tardar y "al tercer día de su obra reconoció un signo", cuya interpretación le anunciaba la curación de su mujer revelándole al mismo tiempo el peligro que había corrido. "Una prueba eficaz de la gracia que he recibido, decía el afortunado esposo terminando su larga carta, fue que al cuarto día de mi trabajo lavé a mi mujer y, al secarla un poco, reventó un absceso que tenía en el bajo vientre, arrojando materias horribles"[78]. Pasqually aseguró que esta curación milagrosa tuvo gran repercusión en toda la ciudad y la provincia, creyéndose fácilmente; en todo caso, los poderes mágicos del jefe de los Élus Cohen eran bien tenidos por constantes por los ocultistas de tal forma que, treinta años más tarde, el barón de Turkheim escribía a Willermoz: "Siempre he tenido la idea, y mis amigos así lo han confirmado, que el autor de la Reintegración ha estado en comunicación con seres diferentes a los que habitan la tierra, que tenía conocimientos mágicos y que los puso en práctica"[79].

∴

Cualesquiera que hayan sido los maestros de Pasqually, cabalistas de la Edad

[77] II, 98-99.

[78] II, 101-102.

[79] VI, 142-143. A pesar del desdén del que era objeto por los remedios tomados de la farmacopea, Pasqually se dignaba a veces de tener recursos; consultado por Willermoz sobre una enfermedad de la matriz que sufría la hermana del adepto lyonés, el jefe de la Orden, que parece haber sido más experto en ginecología, prescribía, tras haber disertado sobre las causas de esta enfermedad, el siguiente tratamiento: "Tomad las cuatro leches de los que llamamos los cuatro auxiliares que son la leche de vaca, leche de cabra, leche de burra y leche de oveja, aproximadamente medio vaso de cada en el que haréis disolver un cuarto de onza de grasa de ballena pura; meted todo en una botella de vidrio blanco y no otro; haced calentar todo durante un buen cuarto de hora al baño maría que será en una olla nueva con agua de manantial, colocaréis dicha botella donde está la grasa de ballena y las distintas leches, de tal forma que la botella no toque una (ninguna) cara de la olla y que esté bien suspendida en el aire dentro del agua. Póngase en frío, dejando la botella destapada cuando esté bien caliente, el tiempo indicado, retirando todo fuera del fuego, dejando perder el gran calor a todo el conjunto; a continuación sacad la botella de leche de dicha olla y, cuando esté templada, metedla [el contenido] en una pequeña jeringuilla que daréis a la enferma para jeringar la matriz; ella tomará estos pequeños baños internos tanto como (sic) juzgue conveniente; puede tomar dos por la mañana, dos al mediodía e igualmente uno a la noche y también si siente que no está del todo bien" (II, 29-30). Señalar que este tratamiento no comporta ningún coadyuvante mágico o místico.

Media u Ocultistas del Renacimiento, la magia de los Élus Cohen se distingue por un carácter muy personal: es pura [está exenta[80]] de toda hechicería y sinceramente indiferente a los bienes materiales. El elogio no es insignificante, ya que la mayoría de los magos de todos los tiempos y de todos los países no fueron muy escrupulosos sobre la naturaleza de los Espíritus a los que obligaban a servirles, realizando todo tipo de comercio con los seres demoníacos o simplemente sospechosos, como los Espíritus Elementales, disimulando mal, bajo la pompa de fórmulas místicas, los ardores de una devoción declamatoria y los rigores de un ascetismo de ostentación para obtener los objetos más interesados; riquezas, honores, santidad perfecta, conocimientos prohibidos al vulgo, presciencia y adivinación, tales son los fines para los que los magos ponían generalmente en movimiento el mundo de los Espíritus

Los Élus Cohen tenían horror a los Espíritus impuros. Creían bastante, como todos los ocultistas, que las ceremonias mágicas tienen por sí mismas, sea cual fuere la potencia sobrenatural evocada, una eficacia real, y la Reintegración tiene cuidado en remarcar que Adam obtuvo un resultado de las operaciones que él había realizado siguiendo por entero el ceremonial que le había prescrito el Creador y observando aquello que le había enseñado el demonio. Pero el tratado añade que el resultado obtenido constituía un severo castigo del crimen cometido por el Primer Hombre y la lección implícita que él mismo sacó de esta experiencia fue clara: toda Operación no puede conseguirse verdaderamente más que con el consentimiento y la colaboración directa o indirecta de Dios. Esto es, en último análisis, la razón profunda del papel predominante jugado en las Operaciones de los Élus Cohen por el Nombre Divino y los “Nombres Espirituales” de los intermediarios entre el hombre y el Creador. En cuanto al objeto de las Operaciones, la atención de los adeptos se dirige exclusivamente hacia el cielo, no distrayéndose con provechosos objetivos inmediatos y pasajeros. Pasqually afirma haber curado a su mujer por medios sobrenaturales que ofrece emplear en cualquier ocasión que se presente a sus discípulos, pero éstos, no debieran considerar esta cura milagrosa más que como una prueba, clara y rara, de gracias particulares concedidas a su maestro por ayudar al “triunfo y manifestación de la gloria del Señor”.

Los cálculos astrológicos de Pasqually apuntan únicamente a fijar la fecha de las Operaciones y jamás son puestos al servicio de la astrología judiciaria.

Lo que se denomina presciencia del porvenir, y que tanto atrae a la debilidad humana, no es, siguiendo el tratado y bajo el punto de vista racional, más que un cálculo de probabilidades; bajo el punto de vista místico no existe fuera de las revelaciones sobrenaturales que Dios dispensa a raros elegidos cuando han observado escrúpulosamente, en espíritu y en acto, el ceremonial de las Operaciones. No hace falta creer como “el pueblo grosero en pretendidos adivinos y adivinadoras, magos y magas, hechiceros y brujas. No hay en el mundo entero ni adivinos ni adivinas; la persona no puede leer en el pasado más que por el presente[81] y así, teniendo un conocimiento perfecto del uno y del otro, no es difícil leer más o menos en el porvenir…”. “Cuando se hace un trabajo cualquiera para poder leer en todas las operaciones, acciones, contracciones (reacciones), vegetaciones, revoluciones y otras cosas temporales espirituales que se ejecutan en este universo por el Espíritu o por el hombre, quien puede lograr esto no puede llamarse adivino o adivina, puesto que esos conocimientos no pueden obtenerlos más que después de numerosos y

[80] N. del T.

[81] Pasqually quiso decir probablemente: “más que por lo que se conoce actualmente”.

penosos esfuerzos espirituales y corporales que hacen sentir al que trabaja las maravillas del motor del universo y el esfuerzo del cuerpo, el alma y el espíritu. El hombre no puede ser instruido en ningún conocimiento de operaciones del universo sino a través de penosos y formidables trabajos", como los "trabajos de Moisés y los siete Sabios de Israel" que "han combatido, vencido y exterminado a los enemigos del verdadero culto divino". Por otra parte ¿qué importa el conocimiento del porvenir terrestre? Lo único que cuenta es lo que nosotros esperamos tras la muerte y "la ciencia espiritual del Eterno no forma parte del arte del adivino"[82].

Pasqually admitió, como muchos ocultistas, la posibilidad de la generación artificial, de ese "homo-factio" que Paracelso producía en el vientre de un caballo, para lo cual, los italianos arrancaban las mandrágoras colocadas sobre un patíbulo y que había proporcionado al conde de Kuefstein seres misteriosos que conservaba en un tarro. Pero lo consideraba como un arte abominable. Después de haber establecido, por la voz de Moisés hablando a Israel, que la procreación del cuerpo humano procede únicamente "de esencias espirituosas innatas en el hombre", añade, tomando siempre a Moisés como intérprete: "Si quieres, por tu cuenta, emplear principios opuestos a la substancia de acción y operación espiritual divina y temporal, no provendrá la reproducción, o si proviene una, será sin participación de la operación divina, que poniéndose en el rango de los brutos, sería vista como un ser sobrenatural (anormal), y repugnaría (sería un objeto horroroso) a todos los habitantes de la naturaleza temporal"[83].

La alquimia, aún cultivada en el siglo XVIIIº y más o menos practicada por numerosos ocultistas después del Renacimiento, está expresamente condenada por la Reintegración. Pasqually había, es cierto, cogido algún préstamo, puede ser que de otro lugar sin rendir cuenta alguna. Encontró en numerosos tratados herméticos surgidos en el siglo XVIIº bajo el nombre, probablemente apócrifo, de Basile Valentin, la teoría por la que el cuerpo está compuesto de tres elementos fundamentales: azufre, sal y mercurio[84]. Cuando habla de la hermana de Moisés, llamada Merian (Tierra Virgen), "hija sabia en conocimientos divinos y que fue sacrificada de su virginidad para operar el verdadero culto permitido a su sexo"[85], se inspira manifiestamente en obras alquímicas que hacen de María la Judía, hermana de Moisés, tenido él mismo por un maestro en el arte de la transmutación, una de las luces del arte espagírico. Pero la Reintegración no reprueba menos la búsqueda de la crisopeya por alusiones transparentes. Recuerda que el Primer Hombre había cometido una falta queriendo actuar sobre la materia, "trazando seis circunferencias similares a las del Creador"[86]; insiste sobre la idea de que "la materia primera (primitiva) no ha sido engendrada más que por la sola disposición de los demonios"[87]; demuestra que formándose el número Nueve, "número de la división de las esencias espirituosas de la materia y el de las esencias espirituales divinas", por unión con el Quinario, "número imperfecto y corruptible", y del Cuaternario, "número perfecto e incorruptible", es decir, buscando disociar los cuerpos para formar el oro con sus otros

[82] I, 383-385.
[83] I, 383-385.

[84] En realidad Basile Valentin no descubrió estos tres elementos más que en los metales, donde figuran, según él, en proporciones diferentes según el metal considerado; la mayoría de los demás cuerpos no comprendían, según su teoría, más que dos de estos elementos.
[85] La tierra virgen o materia prima era considerada por los alquimistas como el cuerpo misterioso del que se debía de extraer la piedra filosofal. En su lenguaje simbólico, esta tierra perdía su virginidad para alumbrar el oro puro u oro de los filósofos. Pasqually parece no haber comprendido el sentido de la alegoría, habiendo dado, bien una significación naturalista que sería grosera, o bien una interpretación simbólica de inclinación muy obscura.
[86] I, 27.
[87] I, 373.

elementos combinados y consagrando a esta tarea el poder acordado por la divinidad a Adam para dominar la materia, "el hombre degrada su potencia espiritual divina volviéndola espiritual demoniaca"[88]. El Menor Espiritual debe guardarse cuidadosamente de todo trabajo aplicado a los elementos de la materia en tanto que, no habiendo sido puesto en comunicación directa con Dios, no está esclarecido sobre los peligros que presentan estas prácticas; le recuerda que es descendiente del Adam caído que, después de su reconciliación, ha quedado "susceptible de ser hombre de error en todas sus operaciones humanas espirituales o temporales, lo que lleva al hombre todas las veces a que no opere más que en virtud de esas tres potencias ternarias que son: potencia aérea, terrestre y fueguina (aire, tierra, fuego). Es peligroso, por tanto, para el hombre de deseo, usar estas tres potencias en alguna operación sin haber obtenido previamente del Creador la potencia cuaternaria que nos ha sido retirada por la prevaricación de Adam"[89]. Así el Élu Cohen no se digna ejercer su imperio sobre los Espíritus Elementales, seres mixtos, indiferentes al bien y al mal, presidiendo las transformaciones de la materia y que los alquimistas se esforzaban en sujetar a sus leyes. Si no pone en duda la realidad de la Gran Obra, estima que las riquezas procuradas por el arte espagírico, ciencia demoníaca, son dones funestos que desvían al hombre de lo que debe ser la finalidad de su vida en este mundo, es decir, el culto de lo divino: "El principio de esta materia favorece un poco a sus prosélitos a fin de alejarlos, sea por el pensamiento, sea por la acción, de su único principio espiritual divino pero, cuando les ha colmado de satisfacciones, les abandona en medio de trampas que les ha tendido precipitándoles en el abismo"[90].

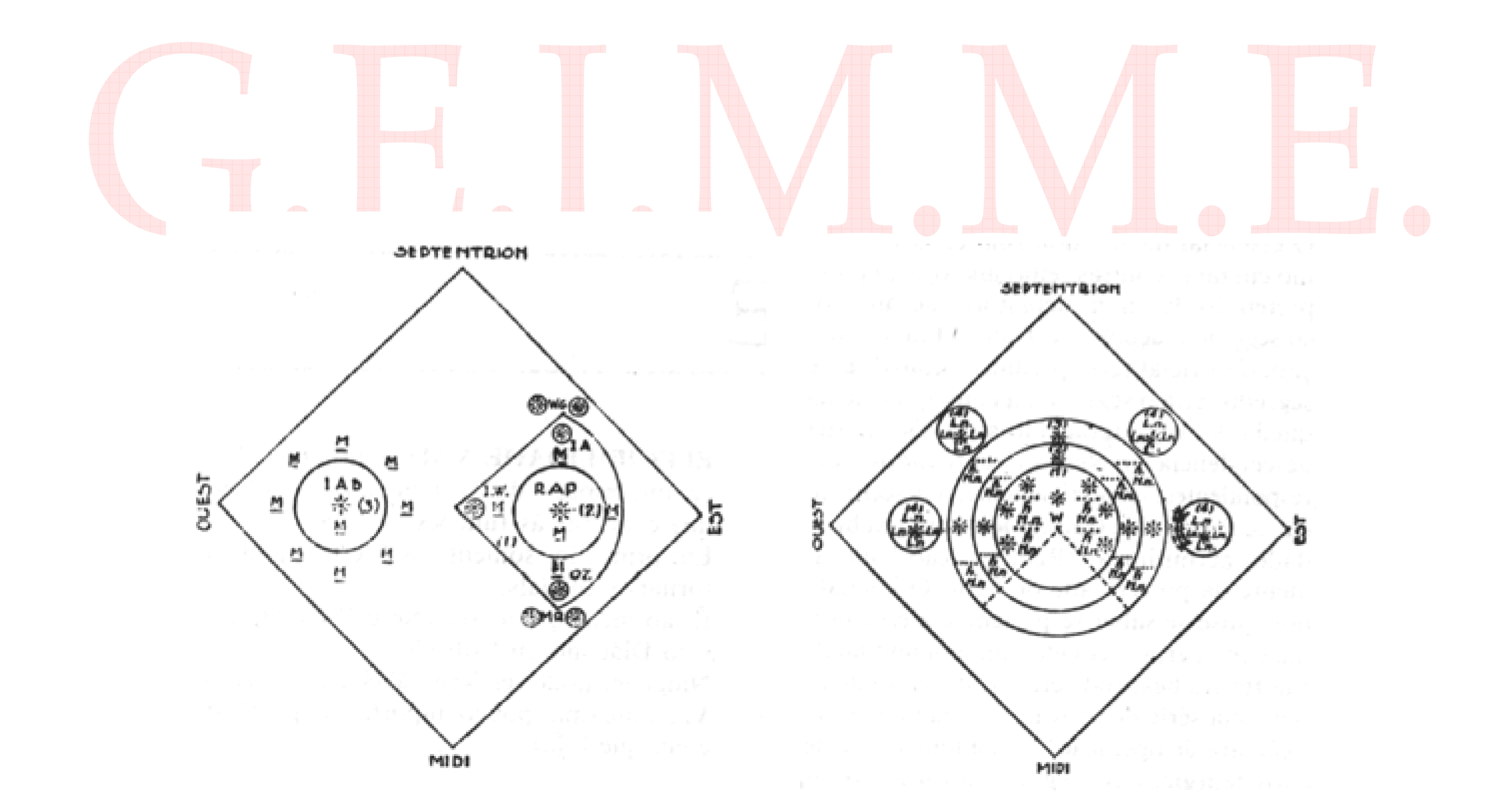
[88] I, 325. La "potencia espiritual demoniaca" significa el mando ejercido sobre los Espíritus perversos.
[89] I, 128.
[90] I, 260.

La magia de los Élus Cohen es, por sus aspiraciones y por sus principios, profundamente religiosa. En la práctica, obedecen una ley divina, "el Creador, que es inmutable, ha dicho expresamente a su hombre reconciliado (Adam) que ningún conocimiento de las ciencias divinas le será devuelto hasta después de haberlo ganado por sus trabajos"[91]. Su teúrgia, respetuosa de la potencia ilimitada de la divinidad, no se dirige más que a sus emisarios[92] y no pretende forzarlos a manifestarse más que con el consentimiento de la potencia infinita de la que dependen y como prueba de las gracias que la vida futura reserva a los elegidos.

Hay evidentemente contradicción entre una sumisión tan absoluta a los decretos de lo Alto y la pretensión de los adeptos en mandar en los Espíritus divinos; pero la misma antinomia se encuentra en todos los actos por los que el hombre trata de ponerse en contacto con lo divino. Todas las religiones positivas, y hasta las más espiritualistas, han conservado en sus ritos trazos indelebles de la magia primitiva que creía a la voluntad humana capaz de provocar o de contrariar los fenómenos naturales actuando, con la ayuda de gestos y palabras apropiadas, sobre los fluidos que los producen o los Espíritus de donde proceden. La fe en el poder mágico del hombre particularmente dotado, del acto simbólico o de la fórmula consagrada, ha sido fuertemente cuestionada por una noción más racional de las leyes físicas y sobre todo por la concepción de un Dios supremo, de un Creador con el que sus

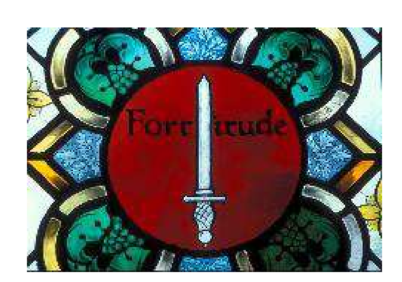
[91] I, 128.
[92] Es en este sentido que Pasqually llama al operante: "Jefe que conduce los círculos de adopción intelectual" (V. 229), es decir, que durante la Operación, el Élu Cohen manda en el dominio (delimitado por los círculos y el Cuarto de Círculo) donde se manifiestan los Espíritus mayores portadores del intelecto bueno (energía e inteligencia divinas) para anunciarle que es "adoptado" por Dios (reconciliado). Pero los Espíritus no obedecen las órdenes del operante más que si la divinidad consiente en la reconciliación.

criaturas no tienen una medida común; pero la transposición sobre el plano trans-cendente de la voluntad de poderes innatos en el hombre no ha abdicado por completo jamás de sus derechos. La fidelidad, a cualquier religión a la que se pertenezca, busca siempre, más menos conscientemente, conseguir de la alta lucha el favor que implora; las oraciones rituales han guardado algo del encantamiento y el valor místico de los sacramentos reside esencialmente en su virtud mágica. Todo culto es un compro-miso entre dos principios opuestos y su valor propio consiste menos en la medida donde ha eliminado los elementos mágicos que en el objeto que tienen a la vista aquellos que lo practican: avances materia-les e inmediatos o bienes espirituales y situados en el más allá. Las disposiciones morales de los creyentes son pues más importantes que los dogmas que profesan o los ritos que observan; a este título, el culto secreto de los Élus Cohen, por muy extraño y anacrónico que pueda parecer, no debe nada a los sistemas místicos más dignos de respeto.



LA FORTALEZA

Kyot, S.I.

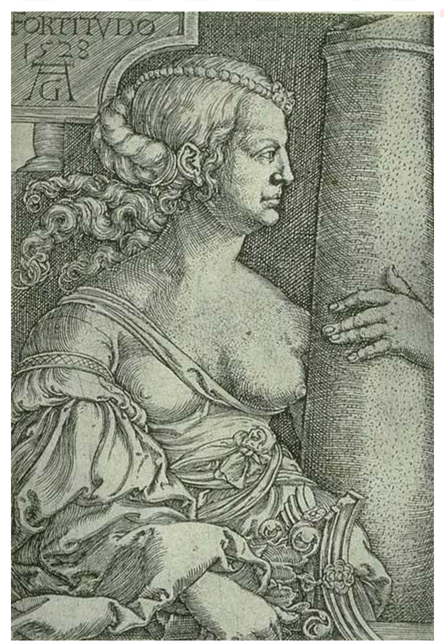


Para algunos iniciados, esta virtud pronto deja de significar aquello que a otros muchos sólo les parece una mera cualidad asociada al Poder; al simple gobierno del Pensamiento, de la Palabra y de la Acción, bajo el designio material de la Fuerza. Recordad que "*Fortitude*", en su dimensión más restrictiva, es llamada "Fortaleza" o "Fuerza", como expresión del *Decimo-primero Arcano Mayor* del "*Taroth*" (léase: "La Fuerza"), sólo por aquellos *infelices* que la "temen". Ciertamente, es el 11 [(= 10 + 1)]: "emprender con tesón" (que equivale a la Década; el 10 o letra "*Iod*", D-os en la Dualidad material de "*Malkhuth*") y "resistir con decisión" (asociado a la Unidad; el 1 o "*Aleph*", D-os en la Unidad espiritual de "*Kether*"). Esa es la Fuerza que agota y somete al León; ese es "el Principio del Principio Creador" (la "*Iod*" en la "*Aleph*", el Once de la Fuerza Unificada). Nada escapa a su Poder Omnipotente, y nada permite que la perturbe. Pero ese Poder, en *principio* equilibrado, puede dirigirse en el sentido apropiado, dominándolo y constriñéndolo, o dejarse en libertad; en cuyo caso, someterá a nuestra Alma, alejándola del beneficio de la Luz Divina. La letra undécima del *Alfabeto* hebreo (o "*Alephato*") es la letra "*Kaph*", cuyo significado es "mano" y "conducta"; pero, la "*Kaph*" también es el número 20. Y siguiendo este mismo razonamiento, la vigésima letra del "*Alephato*" es la "*Resh*", que significa "cabeza". Mano y cabeza, acción y pensamiento; todo ello bajo el poder de la palabra. En definitiva, nuestra "conducta" ("*Kaph*") debe estar "guiada" por la "cabeza" ("*Resh*"). Pero, a su vez, la "*Resh*" está emparentada con el *Vigésimo Arcano Mayor* del "*Taroth*", "La Justicia"; es decir: lo que hace la mano debe adecuarse a lo que dicta la mente. En otras palabras: la materia sometida al pensamiento. Y eso es disolver la materia para volverla a coagular por la acción circundante del pensamiento ("*Solve et Coagula*"). Así, el dominio consciente y racional de la Fuerza debe, necesariamente, propiciar o florecer la capacidad virtuosa de la Fortaleza. Ese es el verdadero misterio del iniciado: reconducir el concepto de Fuerza (que influye en el aspecto material, masculino o solar; o sea, el León-Sol que es sometido por la Mujer-Luna) hacia el de Fortaleza (que afecta al aspecto espiritual, femenino o lunar; es decir, la Mujer-Luna que somete al León-Sol). Debemos, por lo tanto, intentar transmutar el concepto de Fuerza (= 11) en el de Justicia (= 20); y eso sólo es posible cuando se aborda a través de la Fortaleza espiritual.



Adentrándonos en el concepto de Fortaleza o "*Andreia*" (o sea, la "virtud propia del varón", la virtud del "*Thymos*" [que es la parte del Alma que da valor a los objetos] o fuerza de voluntad; *cfr*.: "La República", de Platón), cabe decir que es la virtud[93] moral que "asegura" en las dificultades, ya sean previstas o imprevistas, y reconduce la Firmeza y la Constancia en la búsqueda del Bien Supremo; es decir, del Orden o Plan Divino. Por otro lado, reafirma la resolución de resistir a las debilidades y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la Fortaleza es capaz de hacer vencer el "temor", incluso la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones hasta límites insospechados. Capacita para ir hasta la Renuncia y el Sacrificio de la propia vida por defender una causa justa. La práctica de la Fortaleza imprime "valor" ante la Adversidad; es decir, se afronta la realidad con valentía.

Pero la Fortaleza también es la principal virtud ética, que pone en adecuado funcionamiento al Espíritu y a los mandatos de la Razón, a pesar de la Resistencia; y modera, en su justo punto, las acciones del individuo, según el apropiado dictamen de la Prudencia. Ello conlleva, de hecho, la preexistencia del Mal, y la vulnerabilidad y fragilidad humanas. La virtud de la Fortaleza tiene dos actos o aspectos fundamentales, que se deducen de la síntesis del pensamiento estoico y escolástico: *agredir*, o emprender la buena obra (aspecto ofensivo, solar o activo); y *resistir* las dificultades, o el esfuerzo prolongado que se requiere para llevarlas a buen término (aspecto defensivo, lunar o pasivo). Un hombre o una mujer que se amparan en esta virtud, dan seguridad y estabilidad a los demás y a sus obras, saben eliminar los temores procedentes de la imaginación, dominan el nerviosismo y el "temor" a lo incierto y están por encima de las pequeñeces del quehacer diario. Así, utilizando la terminología de la "Ética", del sefardí Benito Espinosa (1632-1677)[94], diríamos que esta virtud ética suprema de la Fortaleza (o Fuerza) del Alma, se manifiesta como *Firmeza* cuando la acción (o el deseo) de cada individuo se esfuerza por conservar su Ser, pues entiende que es parte indisoluble de la Divinidad. En este sentido, la Firmeza, como vigor y grandeza de Espíritu, impide considerar como ética y racional cualquier acción destinada a hacer del Cuerpo, de la Mente y del Alma, todo lo que el individuo, en su errónea percepción del Libre Albedrío, desea, limitando, así, la posibilidad ética de, por ejemplo, el suicidio; lo que impediría la práctica de lo que los griegos llamaron "*hupomoné*" ("soportar" la vida con hastío y desesperación).



La "*Fortitudo*"
Alberto Durero (1528).

Pero la Fortaleza, siguiendo el mismo razonamiento, también se manifiesta como *Generosidad*, desde el momento en el que cada individuo se esfuerza en ayudar a los demás desinteresadamente. La Fortaleza no es, por lo tanto, sólo una consecuencia del egoísmo o del altruismo, de la fuerza o de la debilidad humana, o una mera conjetura intelectual; ya que la Firmeza, en su exacto sentido, sólo es Firmeza en tanto que es Fortaleza. Por eso, se dice que la Fortaleza es la Firmeza de la adhesión incondicional al Bien Supremo; y eso implica sacrificio y decisión, entrega y esfuerzo. La Fortaleza blinda la Voluntad con la fuerza del Carácter, identificándose con las voluntades de la comunidad frente a la voluntad individual; o

[93] El concepto aristotélico de virtud, como "fundamento de la Ética", pasa con Tomás de Aquino al mundo cristiano. Así, a las virtudes morales de Aristóteles y a las principales o cardinales -así llamadas por San Ambrosio-, que Platón menciona como fundamentales en "La República" (a saber: "*Sophia*", Prudencia; "*Andreia*", Fortaleza; "*Sophrosine*", Templanza; y "*Dikaiosyne*", Justicia), se añaden las Tres Virtudes Teologales (Fe, Esperanza y Caridad), que tienen por objeto a D-os.
[94] Cfr.: Benito Espinosa, "Ética" (parte III, proposiciones 58 y 59; y, parte IV, proposición 30, &c.).

sea, la Fortaleza es una "virtud social" y, por ende, "socializante"; ya que necesita del Otro para su adecuada manifestación. En este sentido, es posible asumir como válido el concepto metafísico que fue expresado con la siguiente frase bíblica: "En el gozo de la Caridad está vuestra Fortaleza"; pues la Caridad, sólo puede darse en un contexto "social" que permita el "dar" (que es el aspecto positivo o virtud) frente al "recibir" (aspecto negativo o ignorancia)[95]. Por ello, "el que tiene debe dar al que no tiene": esa es la Ley Universal del Equilibrio. O sea, la Fortaleza es la expresión virtuosa del deseo de "recibir para dar", frente al egoísta e individual que sólo practica el deseo de "recibir para uno mismo". Ese es el verdadero sentido de la Fortaleza: aplacar el deseo natural de "recibir" para embeberse en la esencia divina del "dar por el simple hecho de dar". Y esta actitud no es otra cosa que el "dar" desinteresada y anónimamente y sin esperar ninguna recompensa por ese titánico esfuerzo de ir "*contra natura*", contra la esencia de la naturaleza humana; pues los honores, como los vicios, se oponen a las virtudes. Así, frente a la virtud de "dar" se opone el vicio de "pedir". Por esta razón, el "dar" desinteresadamente es la mayor virtud a la que cualquier hombre puede aspirar: la Fortaleza de superar el Ego en beneficio del Otro (sea o no necesitado); es decir, la Fortaleza, para expresarse como virtud, debe alimentarse del gozo, que es, de hecho, el fruto más dulce de la Caridad. Esa es la "Caridad Perfecta", y la única capaz de desterrar "el temor"; ya que "quien teme no ha llegado a la perfección en la Caridad". Por esta misma razón, el Judaísmo matiza el concepto cristiano de Fortaleza, al esgrimir que, en esa componente de virtud propicia a la consecución del Bien Supremo, siempre existe una raíz que se asienta en el don divino, en algo que está mucho más allá de la mera razón intelectual o del deseo virtuoso. Esdras afirmó, en *Nehemías* 8:10 (o *Segundo Libro de Esdras*), que: "El gozo del Señor es vuestra Fortaleza" ("*Ki'jedv[a]th A-donai hia ma[i]zkem*" : ["KI'JDVTh I-H-V-H HIA MAiZKM"])[96]; es decir, la expresión "*jedvath A-donai*" (el "gozo del Señor" : ["KI'JDVTh I-H-V-H"]) queda, para siempre, ligada al concepto de Fortaleza (["MAiZKM"]); ya que la "Fortaleza de D-os" ("*Fortitude D.ei*"), que es la esencia del Arcángel Gabri-El (literalmente: "Fortaleza de D-os" o "D-os es mi Fuerza")[97], es la expresión de la Misericordia de D-os[98]. Pero, *debe entenderse* esta Fortaleza, al mismo tiempo, como una virtud y como un "don" de D-os. Es, precisamente, la Seguridad Espiritual la que depende de la Benevolencia de D-os; ese es el "don", que se concede cuando se es fiel a la Voluntad de D-os: el "amor" a D-os sobre todas las cosas hace libres; pues libera del "temor" a la Justicia Divina. La "*jedvath*" es la "fuente"[99] de la Fortaleza, que es interpretada como el "consuelo" deleitoso en la Fe; idea que el místico español Juan de la Cruz (1542-1591), en su sensual poética y judaizante verbalización, denomina "culminación de la Vía Iluminativa", y que Teresa de Ávila (1515-1582), conversa y perseguida por sus veleidades criptojudías, acertó a llamar "arrobamiento" (aquel estado de "éxtasis" en el que todo es posible). Ese es el gozo espiritual, que contagia por igual al Cuerpo y al Alma, confundiéndose en la "claridad perfecta" del "Corán Radiante" y en la supranaturaleza del "*Tzadiq*". De este modo, el gozo espiritual o el residuo que de él perdura

[95] Sócrates estableció que la Virtud es Sabiduría; y la Ignorancia, Maldad.
[96] El "gozo del Señor" también puede interpretarse como la "alegría de I-H-V-H".
[97] Al Arcángel Gabri-El se le conoce como el "Arcángel de la Revelación y del Saber" y como el "Gran Mensajero de la Palabra Omnipotente"; lo que le entronca con Harpócrates, que con el dedo índice sobre sus labios exige "silencio" sobre la "Palabra Secreta" (el Supremo Verbo o "Logos" Creador que separa la Luz de las Tinieblas). Para el Islam, Gabri-El es el "Ángel de la Verdad"; y la Verdad siempre exige la práctica del secreto y del silencio, pues nada puede ser revelado a aquél que no tiene la preparación para recibirlo.
[98] El Arcángel Mika-El (Miguel) es la Justicia o Rigor de D-os, mientras que el Arcángel Gabri-El (Gabriel) es la Misericordia de D-os.
[99] La "jedvath" es la "fuente" de la Fortaleza. Y "fuente" (como "manantial" y "ojo") es la traducción literal de la letra hebrea "Ain" (valor 70 y 16); la cual, está emparejada con el Decimosexto Arcano Mayor del "Taroth" ("La Torre"). Por lo tanto, la "jedvath" está simbolizada por la "Torre de la Fortaleza"; que no es otra que la "Torre del Homenaje" (en ella, símbolo del Cuerpo, permanece encerrada el Alma esperando su plenitud en la Verdadera Luz).

en el Alma, permite afrontar la tribulación provocada por la ausencia u ocultación de la Presencia Divina. Sólo la Fortaleza que nos infunde ese gozo espiritual, esa esencia destilada y perfumada de la Verdadera Luz, hace posible y facilita la plena Reintegración en la Divinidad; y, de esta forma, se nos permite la permanente adherencia al Bien Absoluto. Similar contenido expresa Tomás de Aquino, al argumentar que la Caridad es el fruto de la Fortaleza que se inspira en el amor a D-os. De hecho, es la Caridad el mayor desapego que cualquier ser humano puede manifestar; y puesto que D-os es Caridad Absoluta, porque en Él reside el perfecto deseo de "dar sin esperar nada a cambio", sólo el amor al prójimo, fomentado por la Fortaleza gozosa en D-os e inspirado por la Fuerza que desprende la Vía del Corazón, hace posible la Reintegración en la Luz Primordial del "*Ain Soph*". En ese preciso momento, la virtud y el "don" se aúnan en la Fortaleza, desafiando a la comprensión humana: esa es la "certeza del camino"; pues todo lo demás, es una perversidad, una entelequia que confunde al Alma y hace progresar al Cuerpo en su nefando e inevitable descenso a los Infiernos[100].

[100] Sólo el conocimiento de la Oscuridad permite admirar la verdad de la Luz, sólo en las Tinieblas se percibe con más intensidad la Luz.

LA MUERTE DEL YO Y EL SURGIR DEL HOMBRE NUEVO

William Law[101]

No hay ni puede haber más que una verdadera religión para el alma caída, y esta no es otra que el morir al ego, a la naturaleza y la criatura, y un volverse con toda la voluntad, con todo el deseo y deleite del alma hacia Dios. Sin esto, los sacrificios, ofrendas, oraciones, ritos y ceremonias no son más que sonora fanfarria y resonantes timbales. La cuestión no está en el celo, la constancia, el calor y el fervor de tales prácticas religiosas; pues la naturaleza y el amor propio pueden llevar a cabo todo eso. Dichas prácticas religiosas sólo son parte de la verdadera religión cuando no significan ni buscan otra cosa sino mantener una continua muerte para el yo y para todas las cosas mundanas, haciendo que la voluntad, el deseo y el deleite del alma se dirijan únicamente hacia Dios.

No hay ni puede haber más que una única salvación para el alma caída, y esta consiste en que el Cielo se abra de nuevo en el alma por el nacimiento de una Vida, una Luz y un Espíritu semejantes a los que nacen en los ángeles. Pues Adán fue creado para poseer el Cielo desde el cual cayeron los ángeles; pero nada puede entrar en el Cielo sino la vida angélica, nacida del Cielo. La pérdida de esta vida angélica fue la caída de Adán, aquella muerte que murió el día que comió del fruto terrenal. Por consiguiente, la regeneración, o nuevo nacimiento de esta primera vida angélica, es la única salvación para el alma caída. No preguntes por tanto si nos salvamos por la fe o por las obras, ya que no nos salvamos ni por una ni por las otras. La fe y las obras, en un principio, son sólo preparatorias para el nuevo nacimiento; más tarde, serán los efectos y frutos genuinos de dicho nacimiento. Pero el nuevo nacimiento, una Vida del Cielo, la nueva criatura, llamada «Cristo en nosotros», es la única salvación para el alma caída. Nada puede entrar en el Cielo salvo esta Vida que nace del Cielo y desde él desciende.

El morir totalmente al yo es el único fundamento de una piedad sólida. Todas las cosas bonitas que oyes o lees sobre una vida espiritual e interior en Dios, todas tus expectativas acerca de la Luz y el Santo Espíritu de Dios, se convertirán en un falso alimento para tu alma, en tanto no las busques por medio de la muerte del ego. Esto es el Cristianismo, la Cristiandad: una sociedad espiritual, no porque no tenga preocupaciones mundanas, sino porque todos sus miembros, en cuanto tales, han nacido del Espíritu, y se mantienen vivos, animados y gobernados por el Espíritu de Dios. La religión cristiana es llamada constantemente por nuestro Señor el Reino de Dios, o de los Cielos, porque todo su ministerio y servicio, todo lo que en ella se hace, se hace en obediencia y sujeción a este Espíritu por el cual los ángeles viven y son gobernados en el Cielo. Por eso nuestro Señor enseñó a sus discípulos a orar pidiendo que venga este Reino y que en la tierra se haga la Voluntad de Dios así como se hace en el Cielo; lo que no podría ser sino por medio de ese mismo Espíritu por medio del cual se hace en el Cielo.

Dicho en pocas palabras: el reino del yo es la caída del hombre, o la gran apostasía con

[101] Wiliam Law (1686-1761) es el místico más relevante de la Iglesia anglicana. Defensor de una vivencia interior, honda y auténtica del mensaje de Cristo, su doctrina se compendia en una serie de ideas clave como son: la regeneración o renacimiento, la reconquista de "la Perla de la Eternidad", el espíritu de amor y de oración, la victoria sobre el ego y sus pasiones, la presencia y nacimiento de Dios en el alma. En la última fase de su vida, Law descubre la obra de Jakob Böhme, una de las figuras más prominentes del esoterismo cristiano, considerándolo desde entonces como su principal guía y maestro. El presente pasaje forma parte de una de sus principales obras, *The Spirit of Prayer*, que constituye un verdadero hito en la historia de la espiritualidad occidental. (*El Espíritu de Oración*. Ed. Yatay, 1.999).

respecto a la Vida de Dios en el alma. Y cualquiera que viva para el yo, esté donde esté, se encuentra bajo la caída y la gran apostasía con respecto a Dios. El Reino de Cristo es el Espíritu y Poder de Dios habitando y manifestándose en el nacimiento de un nuevo hombre interior; y nadie es miembro de este Reino, sino en la medida en que dentro de él haya tenido lugar un verdadero nacimiento del Espíritu. Estos dos reinos abarcan a la humanidad entera: quien no pertenece a uno de ellos, pertenece sin duda al otro; morir al uno es vivir en el otro.

Podemos, pues, resumir las siguientes verdades. Primera: que cuando la llamada de Dios al arrepentimiento surge por primera vez en tu alma, tienes que estar retirado, silencioso y pasivo, humildemente atento a esta Luz que se alza dentro de ti, deteniendo o descuidando por completo las acciones de tu voluntad, razón y juicio. Y ello porque todos ellos son falsos consejeros, siervos implacables y esclavos sobornados de tu naturaleza caída; todos han nacido y han sido criados en el reino del yo. Y por consiguiente, si ha de instaurarse un nuevo reino en ti, si deseas que la Acción de Dios produzca efectos en ti, todos estos poderes del yo han de ser silenciados y suprimidos, hasta que hayan aprendido la obediencia y la sujeción al Espíritu de Dios. Esto no significa, sin embargo, que se te pida ser un necio, o que renuncies a tu exigencia de sentido y razón, sino que tal actitud es el camino más corto para lograr que tu sentido y tu razón se vean libres de la necedad, quedando tu naturaleza entera fortalecida, iluminada y guiada por esa Luz que es la Sabiduría misma.

No se puede decir que un niño que obedientemente niega su propia razón y voluntad, para dejarse guiar por la razón y la voluntad de un tutor verdaderamente sabio e inteligente, se condene a ser un imbécil y renuncie al beneficio de su naturaleza racional, sino más bien, al contrario: se puede afirmar que ha tomado el camino más corto para hacer que su razón y su voluntad sean una auténtica bendición para él.

Segunda verdad: aquí se puede ver, por tanto, el verdadero fundamento y la necesidad de esa mortificación y auto-negación universales con respecto a todos nuestros sentidos, apetitos, humores y opiniones. Y ello porque nuestra naturaleza en su totalidad ha caído y se ha separado de la Vida de Dios, ha devenido una fuente continua de apetitos desordenados, humores corruptos y opiniones falsas. Y por lo tanto, todo movimiento de ella ha de ser mortificado, cambiado y purificado alejándolo de su estado natural, antes de que podamos entrar en el Reino de Dios.

Así, cuando nuestro Señor dice: «A menos que un hombre odie a su padre y a su madre, incluso a su propia vida, no puede ser mi discípulo»; esto se debe a que nuestros mejores humores y disposiciones son todavía carnales y están llenos de las imperfecciones de la naturaleza caída. La doctrina es justa y buena; pero no quiere decir que padre y madre hayan de ser odiados, sino que el amor que una persona no regenerada, u hombre natural, siente hacia ellos, ha de ser aborrecido por ser un ciego amor propio o amor del yo, lleno de toda la debilidad y parcialidad con las cuales el hombre caído ama, honra, aprecia y se adhiere a sí mismo.

Tenemos que aborrecer este amor, nacido de la carne y sangre corruptas y contaminado por el yo, y tenemos que desprendernos de él para que podamos amarles con un amor nacido de Dios, con un amor semejante a aquél con el que Cristo nos ha amado y que esté basado en similares motivos. Y entonces el discípulo de Cristo supera con mucho a todos los demás en el amor a sus padres.

Es más, nuestra propia vida debe ser aborrecida; y la razón es clara, ya que no hay nada amable en ella. Es una legión del mal, un monstruoso nacimiento de la serpiente, el mundo y la carne; es una apostasía en relación con la Vida y el Poder de Dios en el alma, una vida que es muerte al Cielo, que consiste en pura y no mezclada idolatría, que vive únicamente para el yo y no para Dios. Y por lo tanto, toda esta vida propia tiene que ser absolutamente aborrecida, todo

este yo tiene que ser negado y mortificado, si hemos de dar vida en nosotros a la naturaleza, el espíritu, el temple y disposición de Cristo. Pues es imposible vivir a la vez para estas dos vidas, como lo es para un cuerpo el moverse al mismo tiempo en dos direcciones opuestas. Y por consiguiente, todas estas mortificaciones y auto-negaciones responden a una absoluta necesidad fundada en la misma naturaleza de las cosas.

Todo cuanto tiene el hombre natural está poseído por el amor propio, y por consiguiente tal posesión debe ser completamente abandonada y hay que deshacerse de ella. Todo lo que tiene ha de ser puesto en otras manos, entregado al Amor divino o, de lo contrario, este hombre natural no podrá ser transformado en un discípulo de Cristo. Pues el amor al yo es terrenal, sensual y diabólico en todo lo que tiene, por lo cual hay que privarle de todo; y entonces todo se habrá perdido para el hombre natural, no le quedará nada y todo será puesto a los pies de Jesús.

Y entonces el discípulo de Cristo, aunque no tiene nada, posee todas las cosas; todo lo que el hombre natural abandonó, le es restaurado centuplicado al discípulo de Cristo. Pues una vez expulsado el amor propio, que es el mayor de todos los ladrones, y habiéndole arrebatado todo lo que él robó y escondió para ponerlo en manos del Amor divino, cualquier minucia se convierte en un gran tesoro, y Mammón abre las puertas a las moradas sempiternas.

Este fue el espíritu del primer esbozo de la Iglesia cristiana en Jerusalén, una Iglesia edificada verdaderamente según el modelo del Cielo, en la cual reinaba el mismo Amor que reina en el Cielo, en la cual el Amor divino derribaba todas las barreras egoístas, los cerrojos y pestillos del yo, lo mío, lo que me pertenece, etc., y entregaba en común todas las cosas para los miembros de este nuevo Reino de Dios sobre la tierra.

Todas las verdades del Evangelio, al ser únicamente abrazadas y poseídas por el hombre viejo, no hacen más que crear diferencias superficiales como las que puedan hacer surgir los trajes o las vestimentas. Algunos se engalanan con un porte externo, solemne, formal y prudente; otros se presentan en todo el llamativo esplendor del colorido religioso y de los logros espirituales; pero bajo todas estas diferencias externas, sigue estando la pobre alma caída, cautiva, menesterosa y desvalida, en su propio estado abyecto.

Y así tiene que ser, no pudiendo ser de otro modo, hasta que la vida espiritual comience en la verdadera raíz, creciendo a partir de la muerte y naciendo de un corazón roto, un corazón que haya roto por completo con su entera vida natural. Pues el odio al yo, el desprecio hacia sí mismo y la auto-negación (o negación del ego) son tan convenientes para el Espíritu recién nacido, como lo son el amor del yo, la estima de sí mismo y la búsqueda del ego para el hombre no-regenerado.

Yo te conjuro, amigo mío, a que no mires adelante ni te lances a conquistas o progresos espirituales, en tanto no hayas dado correctamente este primer paso de la vida espiritual. Todo tu progreso espiritual depende de ello: pues la hondura de tu religión no será más honda de lo que lo sea la profundidad de tu dolencia; el pecado hunde sus raíces en la base de tu alma, viene a la vida con tu carne y sangre, y alienta con el aliento de tu vida natural; y, por lo tanto, hasta que no mueras a la naturaleza, vivirás en el pecado; y mientras esta raíz del pecado esté viva en ti, todas las virtudes con que te revistas serán tan sólo como frutas primorosamente pintadas que cuelgan de un mal árbol. Para dar ese primer paso tienes que apartarte por completo de ti mismo y entregarte por completo a Dios, mediante una fórmula como la siguiente, u otra semejante, ya se exprese en palabras o pensamientos:

«Oh Dios mío, con toda la fuerza de mi alma, asistido por tu Gracia, deseo y decido resistir y negar mi propia voluntad, mis humores terrenales, mis opiniones e inclinaciones egoístas; todo aquello a lo que me incitan el espíritu de este mundo y la vanidad de la naturaleza caída. Me entrego completa y exclusivamente a Ti, para ser todo tuyo; para hacer,

tener, estar y ser, tanto interna como externamente, de acuerdo a tu Voluntad. No deseo vivir para otro fin, ni con otro propósito, sino el de realizar la obra que Tú exiges de mí, siendo un instrumento humilde, obediente, leal y agradecido en tus manos, para ser usado como Tú desees».

No debes contentarte, amigo mío, con hacer esta ofrenda de ti mismo a Dios alguna que otra vez, o incluso muchas veces. Dicha oblación ha de ser el ejercicio diario, y hasta horario (es decir, para todas las horas) de tu mente; hasta que quede labrada en tu misma naturaleza y llegue a convertirse en un hábito y estado esencial de tu mente; hasta que te sientas tan habitualmente apartado de todo lo que es propia voluntad tuya, fines egoístas o deseos terrenos, como lo estás del robo o del asesinato; hasta que la entera orientación y propensión de tu espíritu apunte de forma tan constante hacia Dios como la aguja imantada apunta hacia el Norte.

Este es el paso primero y más necesario en tu vida espiritual; esta es la llave para todos los tesoros del Cielo; la llave que abre el libro sellado de tu alma, haciendo sitio para que la Luz y el Espíritu de Dios broten en ella. Sin esto, la vida espiritual no pasa de ser una simple charla sobre temas espirituales y únicamente sirve para que la naturaleza se complazca en una santidad que no posee.

Toda nuestra capacidad y preparación para triunfar en esta gran tarea radica en ese primer paso. Quizá pienses que esta es una aseveración demasiado dura. Pero no te alejes desconsolado, como el joven del Evangelio, porque tenía grandes posesiones. Pues, mi buen amigo, difícilmente puedes imaginarte la liberación que lograrás de todas las penalidades, y el caudal de felicidad que uno llega a encontrar en esta vida, tan pronto como el alma muere de este modo al yo, quedando libre de sus pasiones y entregada por completo a Dios. Te he hablado del precio del nuevo nacimiento. Te dejaré ahora que reflexiones y consideres si serás tan buen comerciante como para entregar todas las riquezas del hombre viejo a cambio de la Perla celestial.

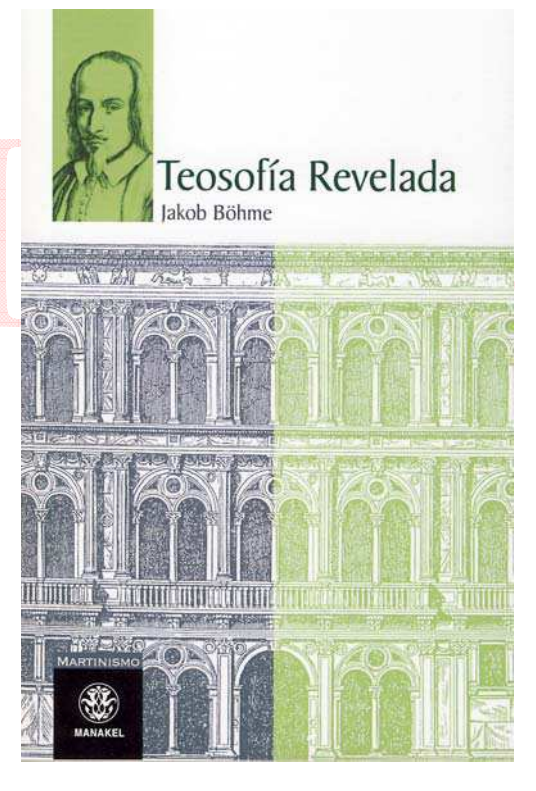


NOVEDAD EDITORIAL

TEOSOFÍA REVELADA
Jakob Böhme

Editorial Manakel – Colección Martinista
Tel. y Fax: 914729071
E-mail: info@editorialdilema.com
ISBN: 978-84-9827-093-8
163 páginas
PVP: 10 Euros

Jakob Böhme (1.575-1.624) fue un importante filósofo y gran místico alemán del siglo XVII que basó su poder especulativo en lo que él llamó "iluminación divina", iluminación secreta a partir de la cual llega al conocimiento del ser íntimo, de Dios y a la raíz del misterio del Universo.



Hijo de un labrador, se estableció muy joven como zapatero. A pesar de su pobre educación, muy pronto destacó por sus profundos conocimientos de la Biblia y de las obras de Paracelso. A partir de 1.612 comenzó a escribir sus propias obras teosóficas, que por su amplitud, profundidad y conocimiento, influyeron notablemente en personajes tan variados como Newton, William Blake e incluso en el mismo pensamiento dialéctico de Hegel.

En esta obra, Teosofía Revelada, Böhme expone, a través de un diálogo entre maestro y discípulo, sus conocimientos teosóficos, místicos y alquímicos. Las antítesis amor-dolor, bien-mal, son resueltas de forma dialéctica, pues si el alma sufre, ya tiene un motivo para amar a su verdadera sustancia y liberarla del dolor. Como fue en un principio, el mal ha de volver a ser el súbdito del bien, y no al contrario. Así también, el cielo y el infierno están dentro de cada persona, manifestándose uno u otro según se esté con la voluntad de Dios o no.



"... UNA MARAVILLA QUE NO HAY QUE DECIR MUY ALTO, ES QUE EL HOMBRE ESTÁ SIEMPRE REZANDO, AUNQUE NO LO SEPA. Y LAS ORACIONES QUE HACE CONSCIENTEMENTE NO SON EL PRODUCTO DE LAS QUE IGNORA, SINO EL FLUIR DE ESE RÍO ETERNO QUE SE ENGENDRA EN ÉL; NO TIENEN COMO OBJETO SINO VIVIFICAR TODO SU SER, TODOS LOS SENDEROS Y POR ÉL, TODAS LAS RELIGIONES, CON EL FIN DE QUE LA VIDA ESTÉ POR TODAS PARTES. SIN EMBARGO, SI A ESA ORACIÓN SECRETA Y DESCONOCIDA, NO AÑADE SUS ORACIONES ACTIVAS Y VOLUNTARIAS, ESTA ORACIÓN SECRETA NO LE SIRVE DE NADA, Y SU PROPIA PAZ O LA PAZ QUE ENGENDRAN SE REPLIEGA SOBRE SÍ MISMA".

Sobre la Oración (Obra póstuma)
Louis-Claude de Saint-Martin

G.E.I.M.M.E.
Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas y Martinezistas de España
Apartado de Correos nº 55.031
28080 MADRID
ESPAÑA

geimme@arrakis.es